

ENSAYO DE UN PADRÓN HISTÓRICO DE GUIPÚZCOA

según el orden de sus familias pobladoras

(CONTINUACIÓN)

- Ibarra, Pedro, h. Mondragón, 1648.—Santiago, h. Mondragón, 1729.
—Santiago, h. Elgueta, 1657.—Domingo, h. Elgoibar, 1626.—
Andrés, h. Elgoibar, 1658.—Cristóbal Perez, h. Eibar, 1567.—
Martín, h. Eibar, 1617.—Pedro, h. Anzuola, 1589.—Sebastián,
h. Placencia, 1558.—Ignacio, h. Placencia, 1701.—Pedro, h. Le-
niz (Escoriaza), 1566.—Domingo, h. Elgoibar, 1624, A. P. (Véa-
se Olay Ibarra).
- Ibarra Isundegui, José, h. Vergara, 1776.
- Ibarrarte, Lorenzo, h. Zumaya, 1588.
- Ibarreta, Fortun Ibañez, v. de Mondragón en 1353. Martín Ruiz, v.
de Villarreal en 1583.—José Ignacio, h. Fuenterrabía, 1780.
- Ibarrola, Pero Ibañez y otro Pero Ibañez, vecinos de Motrico y la al-
caldía de Sayaz y sus procuradores en la Junta general de Gueta-
ria en 1397 y en 1391.—Juan, v. de Lazcano en 1399.—Miguel,
h. Villabona, 1743.—Pedro, h. Usurbil, 1758.
- Ibarrola y Zabaleta, Guillen, h. San Sebastián, 1619.
- Ibarrolaburu, José Ignacio, h. Placencia, 1747.
- Ibarrondo, Rodrigo, v. de Mondragón en 1353.
- Ibarrundia, Lope Ibañez, Escribano fiel de la Hermandad de Guipúz-
coa en 1392.
- Ibarrundia. (Véase Olaeta).
- Ibarzabal, D. Francisco, h. Eibar, 1665.—D. Francisco Faustino, h.
Elgoibar, 1685.—Ascensio y Juan, hermanos, h. Eibar, 1624.—

Juan José y Pedro, hermanos, h. Eibar, 1709.—Jacinto, H. San Sebastián, 1750.—José, h. Azpeitia, 1725.—Martín é Ignacio, h. Azpeitia, 1672.—Juan, h. Eibar, A. P.—Francisco, h. Azpeitia. A. P.

Ibaseta y Bustinzuría, D. Juan Bautista, h. Tolosa, 1689.

Ibero, Martín, h. San Sebastián, 1619.—Francisco é hijos, Azpeitia, 1761.

Ibia, Martín López, v. de Deva en 1484.

Ibia y Zumaya, Juan, h. Zumaya, 1603.

Ibieta y Arteaga, Martín, Señor de la casa de Arteaga en Garagarza y morador de la misma, h. Mondragón, 1586.

Ibiri, Francisco y Pedro, h. Elgoibar, 1649.

Ibiurreta, Gonzalo Perez, Alcalde de Villarreal en 1383.

Ibuaga, Ochoa, firma escritura en Azcoitia en 1319.

Ibur, Miguel Martínez y Garci Anez, vecinos de Azpeitia en 1348.

Iburreta, Pero Ibañez, v. de Villarreal de Urrechú en su fundación año 1383.—García Perez, diputado para la anexión de Zumarraga á Villarreal en 1384.—García Perez, hijo de García Perez, primer escribano que hubo en Villarreal por concesión de Enrique III en 1391.

Iburreta, D. Martín, clérigo en 1463 y Vicario de Santa María de Zumarraga en 1475.—Martín Juan, Pedro y Machin, vecinos de Zumarraga en 1478 y otro Juan en 1554.—El Bachiller Miguel Ibañez de Iburreta, v. de Gabiria en 1546. Estuvo casado con la Señora del palacio de Aguirre, hermana y heredera de Diego López de Aguirre, y dejó en 1549 por hijo y sucesor á Lópe Ochoa de Aguirre y de Iburreta; que según la costumbre de entonces pospuso el apellido paterno al de la casa.

Iburuzteta, Francisco, h. Azpeitia, 1777.

Icacerre. (Véase Guibelondo).

Icaceta, Alonso, h. Hernani, 1710.

Icaza, Lucas y Domingo, hermanos, h. Motrico, 1635.

Icazate Babace, García, h. San Sebastián, 1619.

Icazteguieta, Juan Iñiguez de Icazteguieta, hijo de Iñigo Martínez de Icazteguieta, v. de Tolosa en 1346.

Iceta, Fernando, Preboste de Zumaya en 1481. Obtuvo este cargo á perpetuidad en premio á sus servicios asistiendo con su propia nave á los reyes de Castilla; pero disputada la merced por la villa se

sometió la cuestión al arbitraje del Bachiller Jofre Ibañez de Sasio-la, vecino de Zumaya, y el Bachiller Pero Díez de Mihurubia, vecino de Valladolid, quienes por sentencia dictada en esta ciudad dicho año de 1481, resolvieron que Iceta renunciase sus derechos al Prebostazgo perpetuo, entregando á la villa cuantos documentos había aducido, y la villa, á su vez, confiriese el cargo por cinco años al propio Iceta y le reeligiese en los quinquenios sucesivos durante su vida, terminando con ella todos sus derechos. Este fallo quedó consentido con unánime aceptación. Fué su hijo Lópe Fernández de Iceta, que sirvió por su cuenta á los Reyes Católicos, especialmente en el mar de Levante. Este tuvo por hijo á Pero Fernández de Iceta, quien sirvió asimismo á los Reyes Católicos acudiendo con su persona y nave á la armada de Lisboa, donde selló con su muerte su amor á la patria. Casado con doña Catalina de Villafranca, hija de Juan García de Villafranca y Catalina de Irura, tuvo por hijos á Lópe Fernández, María Ortiz y María Pascuala.

Lópe Fernández de Iceta prestó importantes servicios en los años 1590 y siguientes en la armada del General D. Antonio de Urquiola. Casado en Ondarroa con doña Domeca Ortiz de Ormaechea, tuvo á D. Antonio Fernández de Iceta. Este con doña Clara de Olazabal y Mallea á Martín de Iceta, que casó en 1661 con Isabel María de Oyardo, dama vitoriana, y tuvo á doña Gerónima Antonia de Iceta, mujer legítima de Lorenzo de Uriarte, poseedor de la casa y mayorazgo de Bedúa en Zumaya.

Icuza, Juan, h. Leniz, 1737.

Ichaberro, Juan López, escribano de Segura en 1462.

Ichaso, Pedro Sanchez, jurado de Azpeitia en 1348.—D. Martín, clérigo, v. de Ichaso en 1470.

Ichasogoyena, Miguel, v. de Ichaso en 1470.

Ichasondo. (Véase Villafranca).

Idarreta, San Juan, natural y vecino de San Sebastián en 1566.

Idiacaiz, Martín Perez, v. de Azcoitia y Alcalde de Hermandad en 1462, y Miguel Perez, fiel regidor en 1484.—D. Juan de Idiacaiz, descendiente de la casa de Idiacaiz en la tierra de Anoeta, vecino de San Sebastián en 1566. Pasó su padre el Secretario Idiacaiz á dicha villa en casamiento con doña Gracia de Olazabal, su madre. Llamábase este Secretario D. Alonso y era hijo de don Juan de

Idiacaiz y doña Catalina de Yurramendi, y nieto de Pedro Martínez de Idiacaiz, Tesorero Mayor de Bizcaya y Capitán en la guerra de Granada, y doña María de Elordi, cabeza y tronco de la familia que después fué tan ilustre por espacio de siglos bajo el apellido castellanizado Idiaquez. Todos los citados eran no sólo descendientes sino Señores de Idiacaiz en Anoeta. D. Alonso fué Secretario del Emperador Carlos V, así como su hijo D. Juan lo fué después de los Felipes II y III. Este último monarca creó en 1606 Conde de Aramayona á D. Alonso de Idiaquez, hijo de don Juan y de doña Mencia Manrique Butrón y Muxica su mujer, en recompensa á sus relevantes méritos en las guerras de Flandes, Italia y Francia y le elevó en 1613 á la Grandeza de España con el título de Duque de Ciudad Real en el Abruzzo (Italia) en atención á sus extraordinarios servicios y á los de su padre. Casó este don Alonso con doña Juana de Robles, Baronesa de Villy y de Molepierre en Flandes y tuvo por hijo y sucesor á don Juan Alonso, nacido en 1577, Gobernador y Capitan General de Guipúzcoa, ballestero mayor del rey, etc. Y este con doña Ana María de Álaba y Guebara, á D. Francisco de Idiaquez, Butrón y Muxica, que casó con doña Francisca de Borja y Aragón, Princesa de Squilache. De este matrimonio nació otro don Francisco de Idiaquez, que no dejó hijos del suyo con doña Francisca de Guzmán, Condesa de Villaumbrosa, extinguiéndose en él la varonía de tan ilustre familia.

Entre los Idiaquez de Tolosa floreció Francisco, Secretario de Felipe II, padre de Miguel, caballero de Calatrava, Maestre de Campo en Flandes y de D. Antonio, Rector de la Universidad de Salamanca, Obispo de Ciudad Rodrigo y de Segovia, donde murió en 1615, dejando para su iglesia catedral cuarenta mil ducados.

Y para no quedarse en zaga la rama azcoitiana de este linaje, produjo entre otros insignes varones á don Martín de Idiaquez, caballero de Santiago, alcaide de Velez, Colegial mayor de Cuenca en Salamanca, Secretario del Consejo de Estado por espacio de catorce años en tiempos de Felipe II, el Coronel don Domingo de Idiaquez, que en más de cuarenta militó en Flandes y fué luego Gobernador de Melilla, Castellano de Pamplona y Superintendente de fábricas y plantíos reales en Guipúzcoa y sus hijos don Alonso y don Martín, ambos del hábito de Santiago, Capitán de infantería en la Armada del Océano el primero y justamente afamado

- el segundo como Maestre de Campo por sus brillantes campañas en Milán y Flandes.
- Idiaquez, Domingo, v. de Elgoibar en 1588.—Juan Perez, Señor del palacio de Lili en Cestona, 1552.
- Idiaquez, Pedro, descendiente de las casas solares de Idiaquez en Cestona, Oraa en Zumarraga y Arzallus en Rexil, h. Cestona, 1651.
- Idiazabal, Pero López, hijo de Lópe Ortiz de Idiazabal y Sancho Perez, hijo de Pero Ibañez de Idiazabal, vecinos de Tolosa en 1346.—Juan Miguelez, procurador de las Colaciones de Anindoain en la Junta general de Guetaria en 1397.
- Idigoras, Rodrigo Ortiz, Escribano de Oñate en 1461.—Juan Ruiz, Escribano de Salinas en 1461.—Juanot, socio fundador de la Cofradía de Nuestra Señora de Aranzazu y Juan Ortiz vecino de Oñate en 1492.—Juan Perez, v. de Oñate en 1537.—Antonio, h. Oñate, 1730.—Miguel y Manuela, h. Oñate, 1791.—Pedro, h. Villarreal, 1634.—Manuel, h. Anzuola, 1748.—Santiago y otros, h. Leniz, 1667.—Francisco, h. Leniz, 1747.
- Idoeta, Ignacio, h. Deva, 1669.
- Idoyagabeytia, Juan, h. Placencia, 1755.
- Igara, Santiago y Francisco, hermanos, h. Vergara, 1665.
- Igaran, Martín Ochoa, v. de Azcoitia en 1484.
- Igartua, Diego, h. Fuenterrabía, 1661.—Julián y su hijo Manuel (próximo á pasar á las Indias), h. Oñate, 1785.
- Igartuburu, Manuel, h. Oñate, 1748.—Francisco, Antonio y Juan, hermanos, h. Anzuola, 1773.—D. Diego, h. Cegama, 1685.—Manuel, h. Anzuola, 1748.
- Igarza, Martín, h. Ormaiztegui, 1643.—Juan, Martín y Miguel, h. Zumarraga, 1603, A. P.—Lázaro, Señor de la casa de Zapatarechea en Azpeitia, 1570.—Juan Ramos, h. Ezquioga, 1776.
- Igarzabal y Ezquioga, el Capitán don Lucas, h. Oñate, 1651.
- Igoa, Juanes, Martín y Domingo, H. Berastegui, 1627.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

(Se continuará)



DONOSTIAKO GAZTEAK JESUSEN JAYOTZARI

1833-GARREN URTEKO ONENZARO GABIAN

Arzaikanta

Ernai guztiok, ez da gaur lorik,
Alaitu bedi bakoitza,
Atozte bada zelebrazera
Jesus onaren jayotza:
Agur dezagun, aitor dezagun
Agertu zorion poza,
Soñuarekin jaso dezagun
Jaunarengana biotza.

Gaurko gaba da oroigarria
Zeruan eta lurrean,
Aiñgeruakin daude gizonak
Jesus onaren oñean:
Guazen gu ere ikus dezagun
Portal azpian lurrean,
Santu guztien zeruko Jauna
Ukullu pobre batean.

Kantaridia

Ez da oraiñ sortua
Ez da aurtengoa
Baizik da lege zarra
Denboretakoa,
Agirando galdea
Onenzarokoa.

Beti umore ona
Oi degu gazteak
Ez dakigu zer diran
Pena naigabeak.
Eta gaur zorionez
Beingoan beteak
Soñuakin kantari
Naikera gureak.

Poza eziñ gorderik
Gaurko gabarekin
Kristabaren izena
Izan utsarekin:
Jesus, Maria, José
Dirade gurekin
Adoratu ditzagun
Biotz garbiakin.

Zeru eta lurraren	Egiazkoa bada
Jaun ta jabe dana	Gure eskarioa
Digun amorioaz	Damutasun gurea
Egiñik gizona:	Bada ziñezkoa
Ama Birjiña gandik	Zabalduko digute
Dator guregana	Bide zerukoa
Trinidad Santuko	Izan zagun gloria
Bigarren persona.	Sekuletakoa.

Kantaridia

Jesus Salbatzallea
Salbe zure ama,
Eta aita ordeko
Zeruak emana.

JOSÉ VICENTE DE ECHEGARAY.

PARA LOS PINTORES

EL MODERNISMO

Podría aceptarse la acepción de *modernismo* en nuestro decaído arte si éste trajera consigo ideas redentoras, sacrificio de rutinas é implantación de procedimientos nuevos y de temperamentos originales.

Pero, salvo excepciones honrosas, el modernismo de que hacen alardes nuestros pintores en las Exposiciones de Bellas Artes, es una churrigueresca manifestación de géneros y de procedimientos anticuados.

La vanidad, el atrevimiento, el mal gusto, la imitación servil, el deseo de lucro ó el mercantilismo grosero, son los únicos ideales á que aspiran muchos artistas. Dificilmente reposa la vista en cuadros pintados con espontaneidad ó se impregna el alma de emoción verdadera-

mente artística en la contemplación de asuntos que copian la Naturaleza y no la calumnian.

Si se trata de ideas, la vulgaridad asoma por todas partes: las crónicas de sucesos de los periódicos populares han inspirado á la mayor parte de los artistas. El crimen, el suicidio, la huelga, el incendio, ofrecidos y aderezados con el ropaje que se usa en las láminas y novelones por entregas, ó en las tabernarias reproducciones de papeluchos callejeros, se ofrecen en las Exposiciones como manifestación del *arte modernista*; los tipos que tratan de copiar esos pintores, son monstruosos engendros; resiéntense de la tiesura del modelo, de la rigidez y del aburrimiento de asalariados comparsas hambrientos. Casi todos los personajes de las Exposiciones son antiguos conocidos que vienen á saludarnos. Aparece en primer término un viejo, muy parecido por cierto al Sr. Pí y Margall, y á quien vimos en otros certámenes ejerciendo de Rey Wamba, de guerrero almogávar ó de sacerdote romano. El pobre modelo se ha transformado en venerable anciano, padre postizo de de los cuadros modernistas. Ya se presenta en unos cuadros, tapándose sus llorosos ojos con gafas y cubierto con un *carrik*, lamentando que la autoridad se lleve sus muebles; vémosle luego maldiciendo á una hija ligera de cascos; surge después entre unos obreros revolucionarios predicando ideas disolventes, y álzase, en fin, sobre unas piedras, defendiendo heroicamente una ciudad sitiada.

¡Pobre viejo, veterano del arte, fautor de tantas vulgaridades!
¡Cuándo le llegará la hora de entrar en un asilo!

Si del viejo pasamos al bello sexo, hallaremos muy presto conocidos antiquísimos.

La vieja «de pueblo», vestida con refajo verde ó rojo, arrugada la cara, postrada ante los piés de una Virgen ó despidiendo al hijo soldado; la joven, bien rebozada de colorete, provocativa é insinuante, de largas pestañas y purpurinos labios, recién salida de la tienda, vestida como un figurin; la monja, generalmente hermana de la Caridad, leyendo un breviario; la muchacha coquetona que atraviesa difícilmente un arroyuelo con objeto de que los espectadores le vean el arranque de la pierna; la mujerona del pueblo, pintada con encarnizamiento, á escobazos, y rodeada de escarolas ó dando de mamar á un chicarrón que suelta berridos. Reconocemos también á la dama pintada con velutina anuncio de perfumería con carnes de esmalte, ojos de cristal y uñas de ágata.

En cuanto á hombres de *mediana edad*, los hay también conocidos: el mendigo, el paleta, el caballero galanteador, el brigadier de ceñuda expresión, el pintor fumando una pipa en su estudio, el socialista «siempre fiero», el capitán «siempre tenaz», el albañil feliz de su miseria, el gitano de largas patillas, etc., etcétera.

Por excepción aparece á veces el pobre Wamba rodeado de algunos godos «verdaderamente góticos», según suelen decir ciertos... góticos que los han conocido sin duda personalmente.

Si de los hombres pasamos á los objetos, vémonos también inmediatamente rodeados de antiguos conocidos. El «interior» humilde, con una ventana dibujándose en la penumbra y puesta allí expresamente para producir un efecto de luz: el salón rico, en que figuran lujosísimos muebles (un sofá Luis XV, varios sillones y una piel de tigre); el «estudio» del pintor, adornado de armaduras y de alfombras dobladas precisamente por enmedio; el «tristemente célebre» brasero, personificación de la miseria; el «conocido» sofá de cretona, la jaula del canario, etc., etcétera. ¡Qué sucesión de vulgaridades, de rutinas, de lugares comunes, de miserias cerebrales!

Y nada digamos del color y del dibujo... Notas rebuscadas, efectos copiados, colores mustios, contrastes antiartísticos, modelados toscos, carnes hinchadas y anémicas, luces chillonas ó pobres, amontonamiento de pinceladas sin valor, falta de aire, de distancias, de perspectiva; mesas planas y sin dibujo ni forma; entonaciones cadavéricas, narices y bocas de Academia, actitudes de partiquino, líneas quebradas, amaneramiento, ordinariez y monotonía.

Asusta pensar en la decadencia que revelan la mayor parte de los cuadros, y es cosa de preguntarse si la tradición patria ha desaparecido; si España, si el país más original y variado de Europa, es infecunda tierra para nuestros pintores jóvenes; si el aire, la luz, el ambiente, las costumbres y tipos que asombran tanto al extranjero, son letra muerta para nuestro arte: si estarán, en fin, ciegos ó mancos, ó se habrán vuelto tontos la mayor parte de los que empiezan á cultivar el arte. Habrá que pensar, sin duda, que los pintores viven encerrados á cal y canto en sus estudios, sin saturarse del aire libre, sin leer ni observar en sus manifestaciones modernas.

Todo se puede copiar: la pintura Rembrandt hizo de un tasajo de buey un hermoso cuadro, y Murillo creó una de sus más notables obras en el *Piojoso*.

Todo cabe en el arte con tal que sea artístico. Pero pretender sin contar con grandes fuerzas para ello, la realización de asuntos prosáicos, vulgarísimos, así literarios que pictóricos, es tan absurdo como pedantesco. Hay, sin embargo, dramas horribles y escenas dramáticas que, siendo de por sí verdaderamente deplorables, ó no causan emoción ó mueven á risa. Desdémona muriendo de un cólico ó Romeo con dolor de muelas, producirían risa en el público. Y sin embargo, tan triste es morir de indigestión como terminar sus días en un duelo.

Tal sucede con los pintores que, faltos de talento, quieren representar la difteria, la hija maldita, el niño jugando y el niño muriéndose, el deshauicio judicial, la virtud y el vicio, etc., etc.

No son ya sólo el mal gusto, la rutina y la invasión de la literatura en el terreno de la pintura las causas que producen la decadencia del arte. Aun hay otras más hondas, que llevan las Exposiciones como necesaria consecuencia. El arte se convierte en una tienda de medallas; píntanse cuadros con el propósito deliberado de obtener un premio por el asunto ó el tamaño; imítanse los cuadros que son más del gusto del *Jurado*: la corte de discípulos que necesariamente sigue á los maestros obliga á éstos á que los honren con medallas; establécense competencias de localidad, como si España estuviese dividida en kábi-las y no fuese una nación; imítase ciegamente el anterior éxito; el arte se convierte en un escalón para subir á determinados puestos: es un negociado burócrata, cátedra del balduque y del expedienteo.

RODRIGO SORIANO Y BARROETA ALDAMAR.

ARBI ETA LASTO



Arbiak bederen eder dira bazterretan eta orai jateko einera eldu. Nasaiki erain zutenek artarik eta lastoa begiratu dutenek badukete emendik goiti bi ilabetez zertarik ederk i az beren abereak.

Oroit anitzez obe dela arbiaren emaita lastoarekin naasirik eta ongi cheaturik, ezen ez *berik*.

Azkarrago da beinik bein: eta ez deie neguan abereer ala barnea ozten. Geiago iraunen ere badu arbiak lastoarekin naasirik eman ez; naiz ez den sobera zaartzarat utzi bear arbia, anitzetan ikusten oi den bezala. Ein batetarik arat gozoa baitoako.

Azkenekotz, arbia jaki, jan araz ditzazkegu abereer gure lastoak, batere galtzerat utzi gabetarik. *Berik* eman bagindezeiegu lasto ura, edo ez bailukete unki nai ere, edo jankatuz zangopetarat aurdiki bailezakete erdia baino geiago. Lastoa jan arariz aldiz, gibelatzen dugu belarra abereer obenik batere egin gabe.

*
* * *

Orobat egin diteke, sarri jiten denean, *faroucharekin*. Ura ere *berik* bezain on lukete abereek lastoarekin. Egia da lan dela lastoaren cheatzea. Bainen lanik gabe deus onik ez da laborariarentzat; doatsu dauka bere burua lanak emaiten dakonean mozkin. Eta mozkin bide da lastoaren jan araztea, ez deus batean saltzeko edo galtzerat uzteko orde. Ogiak irabazi guti emaiten badauku, ar giten lastorik aal dugu naren ateratzera, abereer jan araziz.

Bertze alde barneko belarrari ez zako gaitzituren lastoa eldu bazako lagun; ezen joan diren uriteetan ausiki onik ukanik aal dago, eta neguak luze ditu oraino egalak!



CURIOSIDADES HISTÓRICAS

UN PRISIONERO DE ESTADO

Nada hay como la Historia para contemplar de cerca cuán ruin es la previsión humana y cuán firme el encadenamiento de los sucesos que conducen desde la cúspide del poder y de la ambición á los abismos de la perdición y de la muerte en los déspotas del mundo. Solo hay, á veces, contados pasos, una serie de hechos, casi sin importancia, cuya conexión, completamente fortuita quizá, tiene tal fuerza que no hay potencia capaz de romperla, conduciendo irresistiblemente á un fin detentado. Nos sugiere estas consideraciones la apreciación de los autos que tenemos delante referentes á la fuga del duque de Valentinois, César Borgia, que después de ataviarse con las ricas galas de los potentados incluso la púrpura y regias diademas, vino á morir desnudo sobre la tierra fría en el antiguo reino de Nabarra, sin que los ejecutores inconscientes de la providencial justicia reconociesen en su cuerpo huella alguna de los blasones que prostituyó en vida. Solo bastó para todo esto un ligero desdén de la fortuna. Le vemos dominar en Roma, en Italia, hasta el punto que nadie osó declarar su estirpe en la testificación que se hizo para otorgarle el capelo; ser el niño mimado del poderoso rey de Francia, escapar á la acción letal de su propio veneno en el jardín de Adriano Corneto, espantar la Italia para venir á caer como debil insecto en la tela de araña que le tienden el Gran Capitán y el Rey Católico. ¡César Borgia, astuto y celeberrimo intrigante que asombraba á Maquiavelo, pues era capaz de realizar maquinaciones que este ni siquiera concebía, caminar prisionero sin sospecharlo desde Nápoles á España! Es indudable que á todo criminal le pierde el paso más insignificante.

Todo esto se verifica en breve espacio de tiempo desde la muerte de Alejandro VI á la elevación al Solio pontificio de Julio II. Más breve aún fué su peregrinación en España. Preso en el castillo de la Mota consigue escapar y aparece breves instantes en Cartes, Santander, San Sebastián, hasta internarse en Nabarra y caer en una emboscada, siempre sorprendido el que era maestro en sorpresas.

Veamos cómo sucede esto según los documentos que tenemos á la vista.

II

¡Gran hembra romana la Vanoza, que dió al mundo un César y una Lucrecia! Andarán los tiempos y tanto daño quedará quebrantado por un Francisco de Borja, que ennoblecíó esta sangre corrompida: tan cierto es que junto al mal está el remedio.

César Borgia, cardenal en Roma, duque de Valentinois por el Rey de Francia, fué á un mismo tiempo palatino, cortesano, disoluto, guerrero, padre, traidor y asesino, impulsado siempre por la ambición más innoble, alentado y defendido por la licencia á que habían conducido en aquellos tiempos las guerras y desórdenes de Italia, cuya opulencia, riqueza, esplendores, bellezas naturales, atraían la codicia de las naciones y convirtieron esta desventurada tierra en campo de todas las ambiciones, de todas las intrigas, de todas las concupiscencias de los poderosos del mundo. La Historia nos presenta siempre al lado del fausto, del cultivo excesivo de las formas, de la refinada elegancia, la molicie, la impudicia, la corrupción, efecto indudable de que ni el hombre ni los pueblos pueden encauzar nunca las pasiones que fomentan. César Borgia amaba la grandeza por el vicio y el vicio por su vileza. El *Diario* de Buscardo hace enrojecer de vergüenza, y al italiano Cantú crisper los nervios por la naturalidad con que narra lo más escandaloso. «El último domingo de Octubre por la noche, dice, cincuenta meretrices honradas, llamadas Cortesanas, fueron á cenar con el duque de Valentinois en....»¹ El resto no puede leerse.

En honor de la verdad, estos excesos no son de un país únicamente, ni de una época siquiera. Léanse las memorias de M. Rulhiere sobre la revolución de Rusia en 1762, si no queremos acudir á tantos

(1) C. Cantú, Hist. epoc. XV, cap. IV, nota.

otros textos; en ellos veremos la corte de la Emperatriz Catalina y el famoso caballero Williams, embajador de Inglaterra.¹

Por lo que hace á nuestro personaje, diremos con el historiador que en Roma «mató malamente á su cuñado D. Alonso de Aragón, Duque de Viseli»² é «hizo arrojar al Tiber á su hermano porque era el amante preferido de Lucrecia, hermana de ambos»,³ y sería repugnante seguir la lista de crímenes de esta figura que el éxito y la intriga pasearon impúdicamente por Italia entre la XV y XVI centuria.

Renunció el capelo, tomó el condado de Valencia con el título de Duque que le dió el Rey de Francia en el Delfinado y casó con la hija del señor de Labrit, hermana del rey de Nabarra «con buen dote y acostamiento que le señalaron».

Pero llegó su hora, el éxito le faltó, la intriga volvióse contra él, todo huyó de su lado, y reducido al último apuro se refugió en Nápoles, donde Gonzalo de Córdoba le recibió con muchas consideraciones, hasta que D. Fernando le ordenó enviarle á España.

Preso á su llegada y conducido á Chinchilla y de aquí á la Mota, no todos los historiadores están conformes en la apreciación del medio de que se valieron el rey Católico y el Gran Capitán para hacerle caer en su poder. Los italianos dan cabida á los agravios de la patria contra el rey Católico,⁴ pero ello es que el arte de gobernar tiene sus exigencias, aunque no deben nunca traspasar el límite de lo justo.

En un manuscrito existente en la Academia de la Historia se lee: «El duque de Valentinois, no acordándose de su origen de España, sino abrazándose con Francia, fué á Nápoles con el ejército francés contra el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, el que le ovo á las manos e le envió preso á Castilla e los reyes Católicos le mandaron poner en la fortaleza de Chinchilla y de allí fué llevado á la fortaleza de la Mota de Medina del Campo y puesto en poder de un caballero de Segovia llamado Gabriel de Tapia, teniente de Alcaide por el Adelantado de Granada D. Diego de Cárdenas y al tiempo que la Católica Reina D.^a Isabel murió allí en Medina, año de 1504, el alcaide tuvo tal descuido y el Duque de Valentinois tal aviso que por

(1) M. Rulhiere. Historia de la Revolución de Rusia en 1762.

(2) Mariana. Historia de España, tomo XIV, pág. 38.

(3) C. Cantú. Hist., époc. XV, cap. IV.

(4) C. Cantú. Id., refiriéndose á Luis de Porto, carta 3.

su astucia y buena maña se descolgó de los muros e se salvó de la Mota e se fué á Nabarra....»¹

Medios encontró, pues, Valentinois para escapar de la prisión burlando la vigilancia de sus carceleros. Tenemos á la vista la carta original de don Pedro de Mendoza, «Corregidor de las cuatro villas de la costa de la mar» á la reina, que por lo interesante para nuestro asunto copiamos en lo sustancial. Está fechada en Burgos á 11 de Enero de 1507, y dice así:

«Beso las manos de V. A. la cual bien sabe como por una su provisión real me envió mandar que supiese la manera que diz que un alcalde mio había tenido en soltar al duque Valentines, e supiese ansi mesmo por donde el dicho duque Valentines había ido e para que partes e quien le había pasado, e en qué navíos e porqué de lo que pasó cerca de la prisión del dicho duque. V. A. estará informada así por una petición que yo ante V. A. envié, como por la pesquisa que sobre esto creo que fizo uno del Corregidor de la villa de Bilbao e condado de Bizcaya. Sobre lo susodicho no envió más información á V. A., e lo que más pasó cerca del pasar del dicho duque, e de las personas que le pasaron, e á donde aportó, V. A. se informará por ciertos escritos que ante V. A. envié; e crea V. A. que si á mi noticia ó de mis alcaldes oviera venido al tiempo que yo tuve preso en mi poder al dicho duque, él era suelto, que pudiera V. A. estar bien cierta que aunque toviera todas las dádivas del mundo para las dar á mí ó á mis alcaldes, no me habría de pasar por el pensamiento hacer la menor cosa del mundo que tomara en deservicio de V. A. cuanto más soltar al duque sabiendo que era él, ó teniendo sospecha; e como dicho tengo yo no sabía á la sazón que le tuve preso si era suelto ni me acordaba de él si era nacido».²

La pesquisa á que alude la carta de Mendoza es la llevada á cabo en la villa de Bilbao á 6 de Diciembre de 1506 en averiguación de las personas que facilitaron caballos al duque y sobre si fué puesto en libertad por dádivas por un alcalde de Santander.³

Los escritos que envió el Corregidor ante la reina, según la ante-

(1) R. A. de la Hist. Batallas y Quinquagenas del Capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo. M. S. pág. 672 citado por D. J. M. Octavio de Toledo.

(2) Arch. de Simancas. Sria. de Estado, leg. 1.º-2.º, f.º 336. Orig.

(3) Id. Mem. de la Cam. leg. 53, f.º 24.

rior carta, constituyen la información que se había hecho en diferentes puntos de las Provincias Bascongadas y de Santander por el «honrado Señor Bachiller Diego Fernández de Abaunza» sobre la fuga y paradero de César Borgia. De la misma tomamos los siguientes datos:

En la villa de Castro Urdiales se comprobó que el prófugo de la Mota había tocado en la villa de Cartes, había tomado ciertos caballos y había salido para Santander donde «diz que el dicho duque fué preso». Pero pudo escapar y llegar á Castro, parar en casa de Juan Marroquín y alquilar dos acémilas del monasterio de Santa Clara. El mencionado Juan Marroquín declaró que «habían venido á posar á su casa tres hombres, los cuales vinieron en una pinaza equipada desde Santander, e que este testigo conoció por vista al uno de los dichos tres hombres porque decía que le había visto otras veces e decía que solía ser maestre de nao, e que á los otros dos no conoció.... que decían eran del Pasaje ó de San Sebastián, e que ansí mismo les oyó decir que venían del Andalucía é que iban á San Sebastián porque les era venida una nao con trigo é que iban de mucha prisa por lo vender».

El criado del monasterio depuso que «alquilaron á los dichos tres hombres tres acémilas por un día e aquel día este testigo e Juan de Arcetales con otra acémila llevaban á los dichos dos hombres fasta Durango e llegaron bien noche e posaron en una posada de esa parte de la Iglesia á la mano izquierda en casa de una viuda que tiene un hijo clérigo.... e que así los dejó en la dicha villa de Durango».

En esta villa se tomó declaración á D.^a Elvira de Riola y á su criada Catalina de Lascario, las cuales confirmaron lo dicho y añadieron que no conocían á los tres hombres, pero según dijeron venían de Laredo e iban á Villafranca á buscar «un mercadero pamplonés»; que oyó decir D.^a Elvira que habían ido á Lazcano.

Otro testigo declaró «que había alquilado un caballo á tres hombres, que no saben quienes eran... e que este testigo fué con ellos e les dejó en Lazcano, en una casa cerca del palacio, e que les vendió el caballo que les había alquilado.... e que allí fablaron con un clérigo pequeño de cuerpo.... e que el dicho clérigo e los susodichos desian e fablaban en el camino de Nabarra, e que cree este testigo que el clérigo les guió».

Nada que importase se supo por el clérigo mencionado, pero llamada su madre dijo que los dichos hombres habían cenado en su cas

«e que ficeron que iban á acostarse pero que no se desnudaron e que á la media noche que podría ser se partieron e que el dicho D. Pedro su hijo fué con ellos desiendo que iban fasta Ataron, que es una legua, á les guiar, e que también fué con los sobredichos su hermano con sus acémilas fasta Pamplona». Un testigo añadió «que fueron hasta la villa de Echaeri y allí los despidieron y que los dos hombres eran bascongados y el otro latinista, y luego oyó decir en Lazcano que uno de ellos era Valentinois».¹

Abierta información en San Sebastián, á 22 de Diciembre de 1506, el bachiller Abaunza manifestó ante el Alcalde que venía en busca de un Martín de la Borda y un Antón ó Miguel de la Torre, que eran los que habían dejado los caballos á los fugitivos en la villa de Cartes. No hallaron á Martín de la Borda y preguntaron á la dueña de la posada donde estuvo de quién eran unos pantuplos y una loba² que allí encontraron, á lo cual contestó que no sabía.

Fueron los pesquisidores después al Pasaje en busca de Miguel de la Torre, á quien no encontraron. No pudo averiguarse más y es suficiente para comprender cómo logró el prófugo penetrar en el reino de Navarra. Vémosle más tarde acogido por su cuñado el rey D. Juan y nombrado capitán general de las fuerzas que tenía dispuestas contra el conde Lerín, á quien apoyaban de Castilla. Si llegó Valentinois en sazón oportuna bien lo dicen las empresas del rey de Navarra, así como antes estando en la prisión de la Mota, pensó servirse de él don Fernando el Católico para los asuntos de Italia.

Vínole muy á propósito al rey de Navarra la huida del Duque. Organizó sus huestes para tomar venganza del condestable Conde de Lerín, y puso cerco á la fortaleza de Viana, pero el condestable, con un golpe de audacia, y favorecido por la oscuridad de una muy tempestuosa noche, entró y abasteció la fortaleza. A la salida fueron descubiertos y salieron en su persecución «setenta lanzas en compañía del duque Valentin, que por la priesa iba mal armado». Detrás marchaba el rey con gente.

El Duque arremetió contra los fugitivos matando é hiriendo á quince, pero el condestable logró atraer á sus perseguidores á un barranco en el cual había dejado ocultos seiscientos hombres. El Duque

(1) Sim. Est. leg. 1.º 2.º, f.º 336 á 40.

(2) Sotana.

se adelantó persiguiendo á un caballero hasta este punto, cuatro de los contrarios volvieron contra Valentinois y uno le dió tan tremendo lanzazo que le derribó del caballo; acudió más gente, y aunque el Duque peleó á pié con destreza, defendiéndose con una lanza, al fin cayó muerto, siendo su cuerpo despojado hasta de la camisa.

Dejemos á Mariana concluir la descripción de este encuentro. «Así acabó, dice, sus días el que poco antes ponía espanto á toda Italia y en cuya mano estaba la paz y la guerra de toda ella. Notóse mucho que muriese dentro de la diócesis de Pamplona, que fué el primer arzobispado que tuvo».¹

De su matrimonio con Carlota de Foix dejó una hija que quedó en poder de su tío el rey de Nabarra.

¡Pluguiera al cielo que la sangre de Borgia hubiese esterilizado la tierra de plantas de su especie!

LUIS PÉREZ RUBÍN.

EUSKAROS ILUSTRES

EL P. FRANCISCO BILBAO ELORRIAGA

He aquí uno de tantos héroes desconocidos, cuyas proezas apenas conocen más que Dios y unos cuantos hombres. Y sin embargo son dignos de admiración por parte de todos, por haberse sacrificado en aras de la fe y de la patria. Digamos cuatro palabras sobre él; y sentimos no poder extendernos mucho más.

El P. Fr. Francisco Bilbao Elorriaga, nació en la villa de Munguía (Bizcaya) el 4 de Junio de 1861. Después de una infancia, pasada en el ejercicio de las virtudes propias de tal edad, tomó el hábito en el colegio de Ocaña el día 8 de Diciembre de 1879. Hecha la profesión solemne, concluida la carrera y ordenado de sacerdote, fué enviado á Filipinas, á donde llegó el 27 de Junio de 1891. Inmediatamente fué

(1) Mariana. Hist. de Esp., tom. XV, pág. 26.

asignado como socio del Misionero de Dupa, en la provincia de Nueva Bizcaya, á fin de que aprendiera la lengua de aquellos naturales; y el 23 de Noviembre de 1894 se le instituyó en la misma provincia primer Vicario-Misionero de Pudi en el distrito de Binatangan. Este distrito se halla situado en la costa oriental de la isla de Luzón y confina al N. con la Isabela, al E. con el distrito de Príncipe, al S. con Nueva Écija y al O. con Nueva Bizcaya. Se compone de rancherías de Ilan-gotes é Ibilaos, gente feroz y de los más crueles y guerreros de todo el Archipiélago. Hombres y mujeres van siempre armados, aun dentro de sus mismas aldeas ó rancherías. Son tan descuidados en la higiene, por lo tocante al aseo y limpieza, que no se puede detener ningún europeo por un largo rato en sus viviendas, adornadas con mandíbulas de jabalí, cuernos de venado y cráneos de los adversarios vencidos.

Con esta gente tuvo que luchar el P. Elorriaga por espacio de seis años y consiguió, gracias á su constitución robusta, á una fuerza de voluntad á toda prueba y á un gran celo apostólico por la salvación de tantos desgraciados, fundar un pueblo cristiano y civil, en un hermoso valle cerca de la célebre ranchería de Canaden, de Ibilaos Igorrotes, con el nombre de Munguía, para perpetuar el recuerdo de su querido pueblo natal de Munguía en Bizcaya.

Escogió el infatigable Misionero como centro de operaciones y como punto de partida para sus futuras excursiones evangélicas la Comandancia de Binatangan, donde, ayudado por el bondadoso y valiente Comandante D. Tomás Tejeiro, levantó una capilla provisional de madera, cuya inauguración se verificó el día 8 de Diciembre de 1895, celebrándose en ella la primera misa de campaña, á la que asistió la tropa del destacamento, por disposición del P. Celaya. Este Padre tuvo la buena idea de subir consigo la banda de música del pueblo de Bangbang, para dar mayor solemnidad á la ceremonia religiosa; y se oyeron por primera vez en aquellas soledades los armoniosos ecos de nuestra marcha real.

Muchos de los infieles, armados de lanza y campilang, presenciaron la función de cerca, pero á los más fieros y desconfiados se les veía en las picotas de los montes próximos, admirando aquella ostentación aparatosa de los *castilas*.

Por la tarde ejecutaron los clásicos bailes que celebran cuando consiguen vencer á sus enemigos, cortándoles las cabezas; y con algunas

telas coloradas que pidieron y les dió el Padre, se marcharon á sus respectivas rancherías, prometiendo fidelidad y amistad para el porvenir. Tenía el Padre Elorriaga un don especial para granjearse las simpatías de los infieles y ganar sus voluntades, tratándolos con mucho cariño, regalándoles chucherías que tanto les agradan y acomodándose á sus usos y costumbres en la manera de comer, andar, ir armados y otras cosas parecidas, lo que le valió después la seguridad más completa para recorrer las rancherías más distantes, sirviéndole de guías los mismos igorotes, que siempre estaban dispuestos á batirse con sus enemigos por salvar la vida de su querido Padre.

En el mes de Marzo de 1896 hizo un viaje de exploración por la cordillera del Carabello, viniendo á salir á la provincia de Nueva Écija. Solicitó y obtuvo del Gobierno general de Filipinas medallas de mérito civil para algunos indígenas que le acompañaron en esta expedición.

Por este tiempo comenzó la construcción de un hermoso convento de madera y casa tribunal, y trazó las calles del pueblo, que después se llamó Munguía, estableciendo en él el Ayuntamiento, Juzgado de paz y escuelas de niños de ambos sexos; de modo que lo que antes era bosque, ahora se ve convertido en un hermoso pueblo indio, gracias á la actividad del P. Elorriaga, cuya sombra protegerá aquella antigua posesión española.

Por el mes de Febrero del 97 hizo una célebre excursión por el interior de países conocidos solamente por los fieros Ibilaos é Ilongotes, llevando como guías á los cabecillas de las rancherías y algunos cristianos de su absoluta confianza. En esta expedición tardó un mes, sufriendo lo indecible, durmiendo á la intemperie ó en las inmundas viviendas de los Igorotes, alimentándose de arroz y de lo que cazaban ó pescaban los infieles. Llegó á dar vista al Pacífico y poner el pie donde hasta entonces ningún europeo había llegado: tuvo la suerte de hallar el nacimiento del Río Grande de Cagayán, siendo esto su salvación, pues de otro modo él y sus compañeros quizá hubieran perecido en medio de aquellos inmensos é inexplorados bosques. En grandes balsas, que al efecto mandó construir, navegando río abajo, con siete cruceros, como él decía, llegó rendido y fatigado al pueblo de Echagüe en la provincia de la Isabela.

Durante esta expedición levantó un magnífico plano de aquellas tierras, hasta entonces desconocidas, y escribió una extensa memoria

que se perdió antes de publicarse, durante el cautiverio de quince meses que sufrió como pago de tantos sacrificios.

Libertado por las tropas norte-americanas llegó á Manila el 11 de Diciembre de 1899 y habiéndose sentido enfermo de gravedad, los superiores, por consejo facultativo, le enviaron á España, á donde llegó á principios de Septiembre de este año en un lastimoso estado, que cada día fué agravándose, á pesar de los cuidados de su cariñoso hermano D. Tomás, y de los esfuerzos de los médicos más afamados de Bilbao; y el 11 de Octubre, confortado con los santos sacramentos y resignado con la voluntad de Dios, falleció en Amorebieta en brazos de su hermano y auxiliado por un connovicio y compañero en Filipinas, el P. Garmendia.

Su muerte ha causado un duelo general tanto en Munguía como en Amorebieta, y tuvo un entierro solemnísimó cual no se había visto hacía muchos años. El noble Ayuntamiento de Munguía, queriendo dar una muestra palpable de la estima en que tenía al que con anterioridad había sido nombrado hijo ilustre de dicho pueblo, asistió en corporación á los funerales del infatigable Misionero. También asistió lo más selecto de Amorebieta y numeroso clero. Su entierro fué un acontecimiento.

Descanse en paz el esclarecido hijo de Santo Domingo.



JESUSI JAYOTEAN

Kanarioaren boz gozoa baño
Baneuka leunago nik berba-otsa,
Edegiko neukez ezpanok bertatik,
Agertzeko Jauna, zuri gaur poza.

Fedeagaz ziur sortaldean dakust
Egun barri baten goisgorrichoa,
Gabagaz igesi badoa illuna,
Eguzki orren da bildur lañoa.

Jaungoikoak oraiñ firmau dau bakea
Jayotera doian Izar barriaz,
Lurrau alegere laster jarriko da,
Beragaz dakarren argitasunaz.

Mendi ta zelayak udeak leortu
Arren, oraiñ urak dabez ezkotu,
Mesias dalako zeruko euria,
Ak biotzok deuskuz eingo gozotu.

Jaungoiko gizondu danari soñuak
Urrezko lirakaz jo Aingeruak,
Eregi gloria gizon eta andrak,
Aberatsak eta pobre gaisuak.

Ichasoak perlak, iturriak urak,
Egunak argia, usaiña lorak,
Choriak *chioa*, barrea arpegiak,
Ta aišeak Jesusi emon laztanak.

FELIPE ARRESE TA BEITIA

NUESTROS PINTORES

IGNACIO UGARTE

No ha sido nuestro país fecundo en pintores. El espíritu artístico de nuestro pueblo, debido quizá á la naturaleza generalmente sombría de nuestras montañas, no ha podido colaborar en esa pintura de la luz y de las transparencias que caracteriza á la escuela española. La alegría meridional no es nuestra alegría, ni los colores andaluces y valencianos son nuestros colores. Los pocos pintores de nota que hemos tenido se parecen más á los del norte. Ossarin, nuestro pintor místico, se parece muy poco á Murillo. Su *San Cristobal* es un mártir sombrío, y graves y sombríos son todos sus retratos. Igual el ondarrabiense Anziondo; Baltasar de Echave sufrió la influencia de la naturaleza americana, pues todas sus telas, de carácter religioso, entre las que descuellan *Santa Isabel de Portugal* y *Santa Rosa de Viterbo*, fueron pintadas en Méjico, participando, por lo tanto, de aquel ambiente y de aquella luz. Ignacio Iriarte es, sin duda, el pintor más grande que hemos tenido, aunque sin carácter nacional, quiero decir basco. De él decía Murillo que *no podía dejar de pintar los paisajes por inspiración divina, según lo bien que lo hacía*. Iriarte, aunque azcoitiano de nacimiento, era un pintor andaluz; se educó y vivió siempre en Sevilla. Luis Brochetón, pintor de mediados de este siglo, fué uno de los grandes retratistas que ha tenido la escuela española. Sus retratos de Olivan, Mac-Crohom y Mendoza Cortina pueden—dice Villaamil—competir con las mejores obras de este género de Velázquez y Van Dick. El que mejor ha pintado el tipo basco es Eugenio Azcue; sus figuras son tipos genuinos de la raza. Fué muy fecundo, y en toda Guipúzcoa hay numerosos retratos debidos á sus pinceles.

Entre los modernos es el ondarrabiense Echenagusía (*Echena*) el que más ha llamado la atención, logrando desde Roma un renombre universal. Es pintor de carácter místico, y uno de los artistas más apreciados en Inglaterra. En el paisaje basco tenemos á Guinea, de quien ya nos hemos ocupado extensamente. Y entre los jóvenes que se inician ahora en la ardua carrera, son Zuloaga, Gasis y Ugarte los que monopolizan la atención de nuestro público. Los tres han logrado también cierto renombre en las exposiciones celebradas en Francia, siendo justamente ensalzados por nuestro paisano el maestro Bonnat.

Ugarte es de San Sebastián, y ha estudiado bajo la dirección de Ferrant. Su cuadro *Las sardineras*, mereció la segunda medalla en la Exposición de Bellas Artes de Madrid. Es un cuadro lleno de vida, con mucho carácter local, sobrio de color y de vigoroso dibujo, que es la característica del joven pintor.

Además de esta obra tiene otras notables; *En el campo*, *Anciana basca*, *Casera* y varios estudios que han llamado mucho la atención.

Trabaja por interpretar la naturaleza guipuzcoana, y de aquí que sus cuadros, exentos de ese derroche de luces y colores, no encajen en lo que comprende la escuela genuinamente española. Resulta por lo tanto Ugarte en España un pintor exótico, fuera de la tendencia general de aquellos pintores luminosos y brillantes.

Tiene Ugarte personalidad propia, un carácter artístico genuinamente bascongado, atento á reflejar el ambiente y la naturaleza de su país. Paisaje difícil de interpretar por sus sombras y abrupta solemnidad, no deja Ugarte de estudiarle con empeño incesante, y de él podemos esperar en día no lejano alguna obra en que ponga de relieve el alma íntima de aquella naturaleza grave y majestuosa.

LUIS JAIZQUIBEL.



KANTU "SUECO"-AI ANTOLATUTAKO ITZ NEURTUAK

I

Itsas-erregea

Argitasun bat ikusitzen da
 itsaso aundiyan,
 izar eder bat uste zan zala
 ark zuben argiyan;
 poz bat sentitzen da
 biyotz erdiyan,
 ura guk ikusten
 degun guziyan,
 ezperantza biziyan
 ibiltzen gera
 gure ontziyan.

II

¡Nere izarra!

Biyotzaren erdiyan chingarra daukat
 eziñ det iñola ukatu,
 izar eder batek begiyetatik
 ziran goñoro beñ sartu;
 ainbesterañoko indar artu du
 ¡iñola ezin det itzaldtu!

.
 Zu zera nere izarra,
 zu, maitecho kuñuna,
 zu zera nere argi
 eta osasuna;

zu, alaitasuna ta
 zoriontasuna
 ¡Zu zera garra neri
 itzaldu nazuna!

III

Basoan

Guazen guazen pozez guazen
 gu basora,
 Aritz sendo orridunen
 itzalera,
 Belar fiñak berdeturik
 ikustera,
 Ta choriyen pipirripi
 aditzera.

Erramu pian zeñ on
 diran ametsak,
 bas-ollarrari esaten dizka
 batek gauzak,
 barrengo pentsamentu
 amoriyozkuak
 eta erantzuten du
 beti oyarzunak.

JOSÉ ARTOLA.

GABON

Mutillen kanta maitagarriya
 lurra duena berotzen. ..
 zarra dalarik, beti berriya,
 ¡zer pozaz nagon entzuten....
 —Ai au gabaren zoragarriya,
 Jesús jayo da Belenen!—

ANTONIO ARZÁC.



UNA NOCHEBUENA DE ANTAÑO

Al S. O. de la ciudad de Vitoria, y como á cuatro kilómetros de la misma yergue altivo su frente el monte de Piko zorrotz, cuyo nombre, compuesto de las dos palabras euskaras *pikacha* picacho y *zorrotz* agudo, bien delata el airoso porte de esta eminencia, á la que un día dieron escolta los famosos castillos de Zaldiaran y Arganzón, y en cuya cima creyeron muchos haber existido una de las fortalezas tomadas en 1200 por Alfonso VIII de Castilla, cuando se apoderó de la villa de Victoria.

Al mismo pie de Piko zorrotz se destacan las blancas viviendas del lugar de Gomecha, y como á unos tres kilómetros de éste y en la misma dirección S. O. se alza casi en la orilla izquierda del ondulante Zadorra el pueblecito de Subijana de Álaba. La situación de Subijana es placentera por demás. Emplazada la aldea en un risueño y reducido llano, al que acotan por mediodía las crestas de Zaldiaran, y regados sus campos y bosquecillos por dos arroyuelos, que naciendo en las vertientes de éste cruzan el llano, para pagar bien pronto tributo al majestuoso Zadorra, los hogares de Subijana lucen sus limpias paredes

y sus rojos tejados medio ocultos entre el follaje, y destacándose tan solo por cima de ellos, sobre el rústico campanario de su iglesia de San Esteban el hermoso símbolo de la cruz, cual vigilante guardián de aquellos hijos de la aldea.

Era el día 24 de Diciembre del año 1727. El cielo había aparecido triste y nebuloso en tales términos que la densidad de la neblina apenas permitía distinguir ni aun los árboles contiguos; apesar de lo cual los labriegos de Subijana no dejaron desde las primeras horas de la mañana de recorrer sus sembrados, apacentar sus ganados, y recomponer los aperos de labranza.

No así sucedía en la casa de Anda, la más aristocrática de todas en medio de su rústica sencillez; y que á pesar de no diferenciarse de las demás en otra cosa que en la mayor solidez de sus muros y más amplia capacidad de su recinto; esto no obstante, tenía cierta supremacía, otorgada por voto unánime, no solo por ser la casa solariega de la familia de los López de Armentia, á la que todos distinguían por su bondadoso proceder, sino que también porque en todos los apuros era la Providencia del pueblo.

En ella vivían Pío¹ y Francisca en compañía de sus hijos Lucía y Simón y formaba ya casi parte de la familia el viejo criado Fraisco, que á pesar de los 78 bien cumplidos, dirigía con plena autoridad á los otros dos criados jóvenes en las labores de campo. Simón no estaba aquellos meses en casa de sus padres, hallándose á la sazón en Vitoria cursando Filosofía en las aulas del Convento de Santo Domingo.

A mitad de mañana, el sol logró romper la densa cortina de la niebla, disipándose esta en pocos momentos y luciendo un sol espléndido en el purísimo azul del firmamento. Como los labriegos de Subijana no olvidaban que aquel día era *Gabón* se fueron reuniendo poco á poco en una plazoletita situada delante de la casa de Pío, y allí disponían alegremente el cómo pensaba celebrar cada uno aquella noche el nacimiento del Hijo de Dios con una succulenta cena en casa de sus parientes; á cuyo efecto el que más y el que menos había mandado de madrugada á Vitoria á uno ú otro en busca del clásico besugo y las pasas y orejones para la compota. He aquí porqué todos ellos, incluso

(1) Tal era el nombre del padre del insigne alabés D. Simón de Anda y no Juan como dice Landázuri, según la partida de bautismo que obra en mi poder.

Faancisca, que de momento en momento asomaba con impacientes ademanes al balcón de su casa, todos repito miraban intranquilos hácia Piko zorrotz, por cuyo pie corría la calzada que de Vitoria venía hácia aquella parte.

De pronto Fraisco que ejercía así como de Presidente de aquella reunión, haciendo un esfuerzo para erguirse con brío juvenil, sacó del bolsillo de su chaqueta un enorme pañuelo, y agitándolo al aire con los ojos clavados en la calzada, exclamó: ¡*Ikusi, Ikusi! Mira, Mira!* á lo cual todos los circunstantes, incluso Francisca que en aquel instante se hallaba otra vez en el balcón, agitaron al aire sus sombreros y pañuelos, para saludar á un alegre grupo de bascongados, que á los penetrantes sonidos de un *chistu*¹ que uno de ellos manejaba, cruzaban bailando la calzada con dirección á Vitoria, desde donde debían marchar más tarde á sus caseríos, para hacer *Gabón*. El grupo respondió á los saludos de los demás agitando sus boinas, y á poco desapareció en la calzada ocultándose tras el monte de Piko zorrotz.

No bien había desaparecido el grupo, cuando por el mismo punto asomó otro, que al ser divisado por los labriegos fué saludado con una salva de aplausos. Eran los pocos que habían salido aquella mañana del pueblo, y regresaban, luciendo cada uno un montón de besugos colgados de un mimbres y al que balanceaban con orgullosa arrogancia. A la algarazara volvió á asomarse al balcón Francisca; mas quedó contrariada al ver lo que era, pues ella sin duda esperaba otra cosa; é iba ya á retirarse algún tanto mal humorada, cuando de pronto dió un grito de alegría exclamando ¡Simón! á lo que los de abajo volvieron á agitar sus sombreros. En aquel instante se había unido al grupo que llegaba un joven jinete que venía detrás. Poco después Francisca, que había bajado á la calle, estaba abrazada á su hijo, en medio del tropel de labriegos que saludaban á Simón mientras los recién llegados hacían el reparto de los besugos.

El resto del día pasó sin incidente alguno. Para las ocho de la noche ni un solo vecino transitaba por la calle; pero en pago las fogueras de Subijana estaban muy animadas.

En casa de Anda la concurrencia era muy numerosa. Hallábase el dueño de la casa, reunido con toda su parentela, en una ancha y holgada cocina, costumbre muy común por aquel entonces. En uno de los

(1) Silbo.

extremos de la cocina se destacaba como un palmo sobre el pavimento un amplio fogón con su acampanada chimenea y su correspondiente llar del cual pendía el negro tamboril casi repleto de castañas, y bajo de él, en el fogón, ardía una rojiza hoguera cercada de brasas sobre las cuales hervían algunas ollas, rodeando á una enorme parrilla en la que brillaban cuatro lucientes besugos, condenados al martirio de San Lorenzo. Anda con su mujer é hijos, sus sobrinos Pablo y Blanca, y algun otro pariente, formaban ancho círculo, sentados en torno del fogón; y en segundo término formaban grupo el viejo Fraisco con los otros criados y la veterana doméstica Isabel.

Después de alegre rato de franca expansión el dueño de la casa sacó el rosario, y haciendo la señal de la cruz, comenzó á oficiar el simpático rezo familiar á que los demás contestaban á coro al alegre ruido del chisporroteo de la hoguera, al bullicioso hervor de las ollas, al chirrido de los besugos y á los secos tiros del tamboril de las castañas, que á cada momento hacía girar Blanca con especial donaire. El grupo de criados contestaba también á la oración; pero lo hacía entre los gruñidos de Isabel, que no podía soportar con calma el que su compañero Fraisco, bizcaino de pura sangre, maltartamudease las respuestas de la oración en castellano, derribando á tajo seco todas las concordancias de la lengua de Cervantes.

Concluido el rosario, estalló otra vez el bullicio al levantarse todos para ir al departamento contiguo, en que ya estaba puesta la mesa. Al sentarse, Pablo procuró hacerlo al lado de Lucía, Blanca al descuido y con cuidado apareció colocada al lado de Simón; y Fraisco é Isabel entre los refunfuños de ésta, tomaron sitio juntos también en la mesa; pues era costumbre inveterada del padre de Simón sentar á su mesa ese día á los viejos servidores.

La cena comenzó con placentero comedimiento, escuchando todos á Simón que relataba lo que en la ciudad se decía respecto á la lucha que á la sazón sostenía España en los campos de Italia: pero, poco á poco, el tufillo de las viandas, los vapores del Rioja, las concordancias bizcainas de Fraisco, y los gruñidos de Isabel al oirlas, dieron al traste con la formalidad de la mesa, produciendo confuso y animado barullo, al que solo eran ajenos Pablo y Lucía que clavando sus miradas mutuamente uno en otro no se apercebían de lo que pasaba en su derredor, y Blanca, que envidiosa de la felicidad de su hermano y prima, luchaba en vano para atraer hácia sí las miradas y sonrisas de Simón, quien, ó

no reparaba ó no quería reparar en los esfuerzos de su prima para despertar su cariño.

Y cuando á la conclusión de la cena los criados servían el clásico *vino caliente* para hacer pasar mejor por las gargantas los orejones de la compota, la algazara subió de punto, tributando una ovación á Fraisco, que con chispeantes ojos se empeñaba en pronunciar un discurso, bregando con Isabel que malhumorada trataba de no dejarle hablar: por lo cual la mesa, en aras de la paz, acordó que Fraisco cantara un zortziko, cuando Simón, levantando su copa brindó por el triunfo de España, por sus padres y por el zortziko de Fraisco: brándis que hizo estallar una salva de aplausos, y que Fraisco muy alegrete, con los ojos encandilados entonara el *Irudamacho*, y que Blanca, mohina, hiciera un gesto de disgusto, porque Simón no se hubiera acordado de ella en el brándis. Los gorgoritos de Fraisco, que todos coreaban, menos Isabel, fueron poco á poco sacando de quicio á los comensales, al extremo de que poco después todos danzaban pagando tributo al día, incluso Pablo que llevaba por pareja á Lucía, Simón que á regañadientes bailaba con Blanca, y Fraisco que, dando al traste con su equilibrio, forcejeaba por bailar con Isabel, que huía de él como el diablo de la cruz.

Y así transcurrieron algunas horas, hasta que al fin el cansancio fué rindiendo á unos y otros, excepto á Pablo y Lucía para quienes la noche fué un relámpago, y á Blanca que, á su parecer, con unas horas más hubiese logrado infiltrarse en el corazón de su primo Simón. Fraisco se había rendido ya de plano, por lo cual Isabel había cesado de gruñir. Poco después todos dormían en casa de Anda, excepto Blanca, que no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Quince días más tarde todos los comensales de la Nochebuena de casa de Anda salían á despedir á Simón, que marchaba á la Universidad de Alcalá á estudiar Jurisprudencia. Cuando el apuesto doncel, cabalgando en dirección del Boquete de la Puebla, se perdía de vista, todos agitaron los pañuelos, enviando al viajero su último adiós; y regresaban hácia Subijana, cuando echaron de ver que Blanca no venía con ellos. Esta, sin darse cuenta de lo que hacía, había quedado en la calzada; y cuando volvieron por ella, aún permanecía en el mismo punto, con los ojos clavados en el Castillo de Arganzón.

Ha transcurrido siglo y medio. Este año la Nochebuena de los descendientes de Anda en Subijana se deslizará triste y silenciosa en

la Casa solariega. Su vieja techumbre ni cobijará las alegrías del ayer, ni los amores de Pablo y Lucía, ni los celos de Blanca, ni los traspieses de Fraisco, ni los gruñidos de Isabel ni aún el patriótico bríndis de Simón: de aquel apuesto jóven, que poco después de aquella Nochebuena, redactaba en obsequio de España la famosa ley de Indias; del prestigioso Magistrado de Filipinas que, cuando en 1762 se apoderaron los ingleses de estas Islas, aclamado por los pocos adictos á España, Gobernador y Capitán general de las mismas, supo con solo trescientos españoles, organizar su reconquista de tan habilidosa manera, que logró arrojar del Archipiélago á los diez mil soldados de la nebulosa Albión, en tal modo que el rey Carlos III, hablando de Anda y de estos sucesos dijese en un Real Decreto: *Debiéndose á sus providencias la conservación de mi Real Dominio en aquellas Islas, etc.*: del que en premio de tan heróicos hechos fué nombrado Individuo del Consejo Supremo de Castilla: y por fin del patriota español, que vuelto á ser nombrado Gobernador general de Filipinas en 1770, una vez más abandonó sus lares para trasladarse nuevamente al Archipiélago, donde después de organizar su administración, dió su vida por España en Imus, en la Hacienda de los P. P. Recoletos en 1776, á los 67 de su edad.

Los restos de este ilustre alabés yacen en la Catedral de Manila, en su sepulcro embutido en un muro, separado de la trasera del altar mayor por un estrecho pasadizo, cuyo sepulcro lleva esta sencilla inscripción: «*Aquí yacen los restos de D. Simón Anda.*» ¡Qué vergüenza! ¡Ni aún la santa fórmula del Cristianismo de R. I. P. honra las cenizas del insigne alabés! ¡Noble Municipio de Vitoria! ¡Noble Provincia de Álaba! ¡Histórico pueblo español! ¿Consentireis que, al abandonar los norteamericanos las playas de Filipinas, escarnezca, vilipendie y arroje á las olas el furor de los tagalos los venerandos restos del preclaro patricio, que se destaca en nuestra historia como la primera figura del siglo XVIII? ¡Ah, nó, nó! Repatriad sin demora tan preciosas reliquias; y que en la Nochebuena de 1901 las cenizas del ilustre hijo de Subijana descansen, como es de justicia, en el suelo que le vió nacer.

Zaragoza, 23 de Diciembre de 1900.

MANUEL DÍAZ DE ARCAYA.



LA ÍNCLITA ORDEN MILITAR DEL TEMPLE EN GUIPÚZCOA



III

La Orden Militar de los Caballeros Templarios fué fundada en Jerusalem en 1118, por Hugo de Panis, Godofredo de Saint Omer y siete cruzados más que habían acompañado á Godofredo de Bouillon á Palestina.

Dicho Instituto, cual el de los Hospitalarios, fué debido al espíritu de la época religioso y militar; estado de alma de monje y de soldado á la vez, que dominaba en los espíritus de la Edad Media, y principalmente en Tierra Santa, España y Alemania. La Regla era la del Cister y su pobreza y rigidez primitivas, legenderias.

Baduino II, Rey de Jerusalem, les concedió como residencia un palacio existente sobre el antiguo Templo de Salomón. La Orden tenía por fin principal el velar por la seguridad de los peregrinos, defender la Religión y el Santo Sepulcro con las armas, haciendo voto de castidad y de pobreza absoluta. Jurisdicción exenta, dependían directamente del Papa.

Fué progresando la Orden, y ya en 1128 vemos á Hugo de Panis con cinco caballeros Templarios presentarse ante el Concilio de Troyes (Francia), para obtener la confirmación de su Instituto religioso-militar.

Logrado esto, recorrió Inglaterra, Francia, España é Italia, y entonces fué cuando estuvo en el país basco-nabarro-franco-español, recolectando, cual en los Reinos de León, Castilla y Aragón, donde siempre tuvo gran preponderancia su Orden, muchos donativos, á la vez que se le unieron por Europa crecido número de voluntarios, que le siguieron á Palestina.

Cuando la venida de Hugo de Panis á España en 1128, era Rey de Nabarra y Señor de Bizcaya D. Alonso Sanchez, el *Batallador*, compilador del Fuero General de Nabarra y quien, por virtud de su enlace con doña Urraca, primogénita del Emperador don Alonso VI, y viuda del conde don Ramón de Borgoña, ocupaba también el trono de Castilla, desde 1108, ó sea desde el fallecimiento del insigne monarca español.

Según Campomanes, don Alfonso el Batallador fué Templario. Y ya que tratamos de los Templarios, es del caso recordar que D. Alonso el Batallador era hermano del anterior Rey de Nabarra y Señor de Bizcaya, don Pedro Sanchez, el que promovió la primera cruzada española contra los mahometanos, después de conquistar Huesca y Barbastro; el mismo que en 1097 partió al socorro del Cid Campeador, que abandonado por su rey don Alonso se hallaba cercado en Valencia.

Dichos cruzados españoles ostentaban una cruz blanca sobre el hombro derecho.

En lo referente á España y al ingreso de naturales del país en la Orden de los Templarios, puede decirse que, aparte de Nabarra, por sus vinculaciones con la familia Real de Francia, y aun esta participación fué siempre reducida; puede sostenerse que desde un principio no fué grande el contingente de españoles que marcharon á las Cruzadas, á Palestina, pues existiendo la Guerra Santa contra los sarracenos en nuestra misma patria, los Templarios españoles, salvo los nabarros, dirigieron preferentemente sus esfuerzos contra los hijos del Profeta, que dominaban en la Península.

Entre los monarcas y Templarios nabarros hay que hacer señalada mención del Rey don Teobaldo II, casado en 1258 con la Infanta Isabel, hija de San Luis, Rey de Francia.

D. Teobaldo, acompañado de la nobleza nabarra y de selectas tropas, después de fundar el Espinial, partió para Marsella con el objeto de ir á Tierra Santa en 1270 á las órdenes de San Luis, expedición que ante los interesados esfuerzos de don Carlos, Rey de Sicilia, varió de rumbo y atacó á Tunez. Miserablemente se malogró en Cartago esta Cruzada, donde falleció San Luis, y luego de terminada la expedición murió en Trapani el Rey D. Teobaldo, y poco después su viuda antes de llegar á Marsella.

IV

Cuatro eran las categorías que constituían la Orden de los Templarios, y que como tal existieron también en Guipúzcoa: los *Caballeros*, los *Escuderos*, los *Prestes* ó *Freyres* y los *Hermanos legos*.¹ Los Caballeros tenían que ser todos nobles, y el Gran Maestre poseía rango de Príncipe y era considerado al igual de los monarcas reinantes, cual aún hoy sucede en Roma con el Gran Maestre de la Orden de Malta, sucesora de los Hospitalarios; dignatario que posee su palacio y corte, y es tratado por el Vaticano y Embajadores extranjeros como Soberano.

El hábito de los Caballeros Templarios era negro, vistiendo gran manto blanco, de lino ó lana, según las estaciones, y donde destacábase la cruz roja. Con el manto recubrían siempre y completamente la armadura, fuera del campo de batalla. El hábito de Freyres (sacerdotes) era blanco, y gris ó negro el de los *Hermanos legos*.

Rodeaban todos la cintura con un cordón blanco de lino, en prueba del voto de castidad.

A tal punto llegó el fervor y heroísmo religioso y militar de los Templarios, que San Bernardo, el eximio hijo de la Orden de San Benito, el fundador de la estrecha Reforma del Cister, hizo de ellos, como de nadie, elogios merecidos y extraordinarios. Bien conocido es el dicho acerca de los Templarios de la primera época: *Leones en la batalla y corderos en el claustro*.

La bandera de dicha ínclita Orden, llamada *Le Beauceant* (el her-

(1) La jerarquía del Temple era muy complicada, así como misteriosas y simbólicas en extremo las iniciaciones y sus Capítulos secretos. Desde el Gran Maestre y Grandes Comendadores de las Lenguas, (Nacionalidades) hasta los Comendadores de las provincias y casas, los grados eran múltiples, variados y significativos. Los Caballeros del Temple tenían afiliadas á su Orden gran número de personas, como lo eran los Hermanos Sargentos, los Hermanos Capitulares, los Sacerdotes y los soldados. La poderosísima Orden del Temple, verdadero Estado en el Estado, cuyas riquezas y cuyo fausto y orgullo en su segunda época fueron los motivos principales de su perdición y del odio popular que contra ella existía en Europa, poseía muchas casas de banca y mantenía á sueldo milicias aguerridas de soldados mercenarios y voluntarios, un numeroso clero particular y hasta tenía asambleas deliberantes.

moso cielo), era mitad blanca y mitad negra con la célebre divisa: *Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam.*

El escudo de la Orden representaba dos Templarios montados sobre un mismo caballo, como demostración de la extrema pobreza del Instituto. Al rededor se leía el lema: *Sigillum militum Christi.*

Fueron el terror de los sarracenos, pues en la batalla, según la Regla, tenían que vencer ó morir. Jurisdicción completamente libre y dependiente únicamente del Papa, la Orden, desde un principio, se hizo notar, insistimos, por sus virtudes, su pobreza y su valor, tanto en Tierra Santa como en las naciones europeas, donde se hallaba establecida; igual combatiendo á los infieles que custodiando y protegiendo á los peregrinos y viajeros y haciendo sumo bien moral y material entre los pobres.

Las grandes riquezas que fueron obteniendo, las empleaban todas en fines benéficos, quedando ellos siempre en la más estrecha miseria.

Desgraciadamente, sucedió lo que no era posible menos que aconteciera con tanta y tanta riqueza que acumularon. Su preponderancia fué tal, sobre todo en Palestina, Inglaterra, Francia y la Coronilla de Aragón, que bien pronto empezaron las luchas y las disidencias con la Orden de los Caballeros Hospitalarios, hoy de Malta, hasta darse el inaudito espectáculo, en la misma Tierra Santa, hácia mediados del siglo XIII de luchas á mano armada, efectuándose por fin en 1259 el sacrilego cuanto memorable gran desafío entre Caballeros escogidos por ambas Órdenes.¹

Fueron vencidos los Templarios en dicho desafío y por disposición suprema, se estableció una tregua entre ellos y los Hospitalarios, pero no así con los otros Príncipes cristianos de Oriente, á quienes los Templarios combatieron sañudamente en diferentes ocasiones.

(1) Las enemistades entre los Caballeros Hospitalarios y los Templarios, fueron acentuándose tanto que ya á fines del siglo XIII, los mismos Padres de la Iglesia, comprendiendo que el espíritu religioso y marcial primitivo, había completamente degenerado, estudiaron el proyecto de la reforma de las Órdenes Militares. San Luis, Rey de Francia, Gregorio X y el Concilio Ecuménico de Lyon en 1274, habían recomendado como remedio radical la fusión de ambas Órdenes. Nicolás IV y Bonifacio VIII examinaron este proyecto con mayor detención pero no pudieron llevarlo á la práctica; así es que resulta que la cuestión de Templarios y Hospitalarios preocupaba á la Iglesia hacía veinte y cinco años, cuestión de disciplina eclesiástica que ya luego, con el rey Felipe el Hermoso, degeneró en sangrienta tragedia secular.

Este estado de cosas y las riquezas, relajación, el lujo y faustos no podían menos de acarrear sino la licencia y el desenfreno militar, olvidándose la mayoría de los Templarios de las prácticas monacales. Esta Orden era la más rica institución de Europa, llegando á ser banqueros de diferentes Estados. Prestaba dinero á Reyes y Príncipes, grandes y pequeños, y era su centro financiero el Temple de París, conforme con datos que hemos consultado.¹

Las rivalidades, las luchas entre los Cruzados, originaron principalmente la pérdida consecutiva de los Santos Lugares. Por fin, en 1291, tras el memorable sitio de San Juan de Acre, los Templarios y Hospitalarios, después de heroica resistencia, tuvieron que sucumbir. Retiráronse con su Gran Maestre y Supremo Capítulo los Templarios, y parte de sus tesoros á Chipre, estableciendo la Gran Maestranza en Limiso. Aquello fué el principio de la perdición de los primeros. El sitio de San Juan de Acre será una gloria imperecedera para ambas Órdenes, como el sitiador, Sultán de Egipto, lo declaró en honor de sus adversarios, y así lo consigna también la Historia.

PEDRO M. DE SORALUCE.

(Se continuará)



(1) Desde un principio, la Orden del Temple demostró gran habilidad y honradez financiera, que dió al traste con los judíos y lombardos que tenían monopolizados los negocios de banca.

Las Encomiendas del Temple eran verdaderas fortalezas, en especial las casas madres de París y Londres, que resultaban ser bancos nacionales y depósitos de fondos del Estado y particulares. Los Papas casi siempre confiaron al Temple la gestión de los negocios referentes al dinero de San Pedro y al de las Cruzadas, y á ruego de soberanos y príncipes, se convirtieron en depositarios y gerentes de los fondos de sus Reinos. Llegó á más; los Templarios fueron los banqueros oficiales de la Reina Blanca de Castilla, de Alfonso de Poitiers, de Roberto de Artois y de infinidad de familias poderosas. Accediendo á los deseos de Juan sin Tierra y de Enrique III, el Temple de Londres se convirtió en el Tesoro nacional de Inglaterra.

El Temple dió habilísimos Ministros de Hacienda á Jaime I de Aragón, y á Carlos I de Nápoles; el célebre Thierry Galerán, fué Ministro de Luis VII de Francia. Durante más de un siglo, desde Felipe Augusto hasta Felipe el Hermoso, el Temple de París fué el verdadero Ministerio de Hacienda de Francia, dándose el caso de que mientras los reinados de San Luis y Felipe el Valeroso, los Templarios pagaban hasta los gastos de la Casa Real á cuenta.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS



LOS BASCONGADOS Y LOS VICUÑAS EN POTOSÍ

La gente bascongada se ha impuesto siempre como entendida, como conquistadora y como colonizadora donde quiera que se ha establecido, fuera de su tierra. Lo mismo en las Cámaras de los reyes en los pasados siglos, cual incomparables secretarios y administradores, que en la dirección y manejo de los pueblos más humildes, que en la realización de las grandes empresas marítimas y terrestres, que en la construcción de importantes obras, el genio de nuestra gente del norte ha brillado en primera línea, sosteniendo ese envidiable crédito de que aún disfruta, respecto á las cualidades de inteligencia, carácter, integridad y laboriosidad que por naturaleza la distinguen. Y si en Europa en las guerras y en la paz tanto ha brillado, tiene en la historia de América innumerables recuerdos de su valía. Entre ellos pocos hay tan curiosos como los de su preponderancia y luchas en la ciudad de Potosí, tan famosa en el mundo por sus maravillosos criaderos de plata, descubiertos por Juan de Villarreal en 1547, y que dieron hasta el año de 1800 más de 8.000 millones de pesetas.

Olvidadas están las memorias de lo que en la gran metrópoli boliviana ocurriera á principios del siglo XVII, y siquiera como pasatiempo interesante, bueno es consignarlo y saberlo. En Potosí á tres mil setecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar se levanta un cerro de granito de doscientos de altura, que guardó y guarda todavía en parte, en sus entrañas, la riqueza argentífera que hizo proverbial su nombre en el universo.

A sus piés se extiende la ciudad de los mineros. Hacia el año de 1620 numerosa colonia de aventureros, que buscaban con codicia y con ansia dinero y placeres, formaron en Potosí un abigarrado vecindario de andaluces, extremeños, flamencos, italianos y bascongados,

que desconociendo á menudo la autoridad del corregidor y su representación regia, convertían el pueblo en sangriento campo de batalla, y mantenían viva la discordia, sin freno posible y sin miramiento alguno. En 1620 tenía la villa 140.000 habitantes. Dividido el vecindario en bandos, quedaron éstos, después de muchas peleas, reducidos á dos: el de los bascongados y el de los VICUÑAS ó criollos. Los primeros se imponían frecuentemente por su mayor disposición y actividad y porque con su trabajo industrial y mercantil habían logrado formar la parte más rica de los habitantes. Según escribió en los *Anales de la villa imperial de Potosí* el hijo de ella D. Bartolomé Martínez y Vela había ochenta azogueros, ciento sesenta mercaderes, y bascongados eran también los alcaldes veedores del cerro de las minas, «de suerte, dice, que ricos y con tales cargos estaban enseñoreados de Potosí y no hacían caudal de las otras once naciones que a'lí habitaban, antes por el contrario á todos los ultrajaban y vituperaban; por eso los criollos, añade el criollo Martínez y Vela, que naturalmente son pun-donorosos, considerando las demasías de los bascongados, pidieron á sus padres (castellanos, andaluces, extremeños y otras naciones) que de ninguna manera les diesen á sus hermanas en matrimonio á los bascongados.»

Esta positiva supremacía excitó la envidia y el odio de dichos criollos, y tales pasiones se convirtieron pronto en acicato de tremendos combates. No eran los VICUÑAS, como pudiera creerse por este nombre de un pueblo bascongado, que llevan en Álaba muchas familias, gentes oriundas de nuestro país, sino que se llamaron así porque usaban como distintivo unos tremendos sombreros, hechos de lana de vicuña. Tenían como jefe á Antonio Xeldres, natural de Almagro, y al andaluz Luis Antonio Valdivieso, que profesaban acérrimo odio á los bascongados.

Cualquiera leve cuestión daba motivo para los encuentros. Una nieta de un bascongado tenía amorosas relaciones con un criollo, y para que su enlace no se verificara, acordó la madre de la muchacha que ésta se metiera monja. Acudió el novio á Xeldres y á Valdivieso, los cuales, seguidos de sus partidarios, se reunieron en la iglesia del convento el día de la profesión para armar escándalo, y así lo hicieron, matando al predicador, padre Fi, Pedro Alonso Trujillo, que se atrevió á recomendar la paz y la concordia con motivo de la fiesta del monjío. Huyó Xeldres decidido á venir á España, pero reunió antes en un

lugar apartado á sus amigos los VICUÑAS, y dejando por jefe á Valdivieso les excitó á llevar adelante la sangrienta campaña contra los bascongados, hasta que lograran expulsarlos de la villa, recomendándoles mucho que mataran al corregidor D. Pedro Berasátegui, á su cuñado D. Juan de Vidaurre, y á los capitanes D. Juan de Urbietta y D. Francisco Oyanume. Añadió que llevaba ochenta mil pesos de á ocho reales, para el viaje, y que pensaba ir á Roma, para que el Papa le absolviera de la muerte del P. Trujillo.

Juraron los VICUÑAS ante un crucifijo cumplir las órdenes de Xeldres y se prepararon con todo tiempo y elementos para ello. El odio de los criollos se extendía á cuantas mujeres tuvieran relaciones con los bascongados. Un criollo declaró á algunos de estos: «que se había mandado á todas las mujeres que ninguna les acudiera en nada, pena de la vida; y que desde entonces en adelante las mujeres de los bascongados les habían de servir en la mesa y en el lecho.» La suscripción levantada para concluir con los bascongados ascendió, en 1622, á setenta y cuatro mil reales de ocho el peso. Menudeaban los asesinatos y otros crímenes, y un día se decidieron á dar el golpe, figurando como jefe de la turba el criollo Diego Zambrana, oriundo de Álaba. Juntáronse ciento cincuenta criollos, cincuenta entre andaluces y extremeños y de entre ellos eligieron doce capitanes. Entonces empezaron á usar los chambergos de vicuña. En junio de dicho año asesinaron á Juan de Urbietta y á cuatro paisanos suyos que le acompañaban. Entonces Berasátegui y Oyanume reunieron quinientos hombres entre paisanos suyos é indios, los armaron y se dispusieron á resistir, exigiendo al corregidor Sarmiento que se pusiera al frente de ellos, y el cual, por miedo, no aceptó tal encargo.

Convirtió Oyanume su casa en una verdadera fortaleza, en la que resistió ocho asaltos que le dieron los VICUÑAS. Al fin, en otra acometida cayó la casa en su poder, muriendo cuarenta bascongados, quedando muertos y heridos muchos criollos y repartiéndose los vencedores, después del saqueo, ocho mil marcos de plata en piña é infinidad de alhajas, joyas y piedras preciosas. En este terrible año de 1622 pereció la gente más noble y lucida del vecindario, sobre todo entre los bascongados; murieron 3830 personas de ambos bandos y más de 1000 indios, habiéndose saqueado 127 casas. Con tales horrores quedó muy reducido el poder de la gente bascongada y hubo necesidad de que el virrey del Perú, marqués de Guadalcazar, enviara algunas tropas para

sofocar la guerra civil de Potosí y castigar á los VICUÑAS, dando tal encargo al nuevo corregidor D. Felipe Manriquez, quien apresó é hizo ejecutar á bastantes criollos, batiéndolos como á bestias feroces. La crueldad del corregidor fué tanta que los VICUÑAS se conjuraron contra él, eligiendo como jefe de la rebelión al general Castillo. En 5 de Septiembre de 1623 penetraron en su palacio, lo hirieron, poniéndole en peligro de muerte, y quemaron el edificio. Aterrado el vecindario, viendo desbordada á la plebe, concurrieron las familias pacíficas á los conventos de los Jesuitas, Agustinos y Dominicos, y escondieron en ellos sus tesoros, que sumaban unos cuarenta y dos millones de pesos, y en cuya busca fueron los amotinados, trabándose horrendos combates, sin que pudieran llevar á cabo la rapiña.

En Marzo de 1624 prepararon los VICUÑAS una nueva acometida á la villa. Cuando avanzaron sedientos de venganza, salió á su encuentro el P. Comendador del convento de la Merced, con el Sacramento en las manos, rodeándole multitud de mujeres y niños, que pedían á los invasores que no derramaran más sangre. Los VICUÑAS, conmovidos ante aquel espectáculo, accedieron á las súplicas y salieron de la villa. A punto estuvo, poco después, de renovarse la lucha á consecuencia de la cédula que el rey Felipe IV, accediendo á las reclamaciones de los bascongados, envió al virrey del Perú, para que procediese sin compasión á exterminar á cuantos figuraban en el bando criollo. Excitados estos al saber la noticia, convinieron con su general Castillo en fortificar la villa y en defenderse hasta morir, pero para evitar los nuevos males cedieron á los consejos de los vecinos pacíficos y de las comunidades religiosas, y celebraron un pacto de paz y concordia con los bascongados, en medio de grandes fiestas y regocijos. Abrazáronse públicamente los jefes de los bandos enemigos, á quienes obsequió con esplendidez, gastando 76.000 pesos, el rico minero criollo D. Agustín Solorzano, y como garantía de perpétua paz casó el general Vicuña Castillo á su hija doña Eugenia con D. Pedro Oyanume, hijo del jefe de los bascongados D. Francisco Oyanume.

Así terminó, por entonces, aquella tremenda guerra civil entre los pobladores y habitantes de Potosí, de la villa en que desde los primeros tiempos de su fundación, florecieron con sus notables hechos tantos hijos del país bascongado, como los compañeros de los descubridores de las minas Juan Villarroel y Francisco Centeno, que fueron Inigo de Mendoza y Pedro de Salvatierra; el alférez real D. Juan de Zárate,

que gastó en las fiestas de 1578 hasta 30.000 pesos de plata; el alcalde mayor Francisco de Esquibel, 1.549, y Pedro de Lerma y el contador Pedro de Zumárraga y el hidalgo Aguirre, víctima primero, y matador de Esquibel después, Vasco Godinez el pendenciero, «el más valiente de Potosí,» el que puso en su escudo las letras V. G. S. D. P. T. S. (Vasco Godinez Señor de Potosí), vencedor del manchego Montejo en el famoso desafío de San Clemente (1552), y descuartizado por orden del mariscal Alonso de Alvarado; Martín de Igarzabal, cuya muerte originó la lucha entre bascongados y criollos en 1600; Catalina de Erauso, la *Monja alférez*, que vivió en Potosí con D. Sancho de Mondragón; el factor Bartolomé Astete de Ulloa, pacificador de los Bandos, y su hija la heroica Margarita; D. Miguel de Tellería, explorador de la laguna de Tapaya, y otros, y otros muchos, cuyos nombres están consignados en las crónicas, historias, y tradiciones de la ciudad de Potosí.

La supremacía de la gente bascongada fué allí siempre muy grande y su memoria vá unida á la de la época más floreciente de la explotación de las minas. Así puede comprobarlo el curioso lector si se entretiene é ilustra repasando las obras de Martínez y Vela, ya citadas; de Alvarez Reyero acerca de los indios de Potosí; los comentarios reales de Garcilaso de la Vega; las historias y relaciones de Acosta y Sobrino, del palentino Diego Fernandez y de Eurico Martínez, y en fin, las *Crónicas potosinas* (costumbres medioevales hispano-americanas) que publicó en Buenos Aires y en París el insigne escritor y propagandista de la cultura americana D. Vicente G. Quesada.

Capítulo breve es este que resume la significación é importancia de nuestra gente bascongada en un territorio famoso del interior de América, y por eso lo he registrado, para que conste entre los papeles curiosos que á nuestro país interesan.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



IRU ERREGE GABEAN, DONOSTIAN,

ILION BERRIKO GAZTEAK 1833-GARREN URTEAN

Kantaridia

Esna mutillak, ernai lagunak
Ariñ atozte gugana
Guztiok pozez aitor dezagun
Gure doai zoriona:
Adiskideak, jende maiteak
Eguberriren urrena
Oroikarria, izendatua
Iru Errege eguna.

Arzaigokia

Aurten ibilliya da
Jendea naikeran,
Agirandoen billa
Errege bezperan:
Jakia, sagardoa,
Ardoa aukeran
Afaldu eta gero
Trago onak eran.

Biotza zabaldurik
Jan eta ondoan
Barrengo atsegiña
Laster da kanpoan:
Kontentuz beterikan
Gorputza beingoan,
Naigabe mintasunik
Ez dago gogoan.

Euskarichoa

Agur Errege gaba
Betoiz Erregeak
Salbe Oriente-ko
Jaun agintariak:
Oroipena Ilion
Berriko gazteak
Batzuek soñu jotzen
Kantari besteak.

Zortziko

Iru errege datoz
 Neketan bidean
 Amabi egun eta
 Amabi gabea:
 Izar argi bat dute
 Laguntzen aurrean
 Berak ipiñi ditu
 Belengo lurrean.

Amaren besoetan
 Ikusirik Jauna
 Irurak jachi dute
 Lurrera belauna:
 Biotzak jasorikan
 Aurcho arengana
 Umill egindiote
 Eskario bana.

JOSÉ VICENTE DE ECHEGARAY.

CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

«Diez» en georgiano es *azi*, en baskuenze *amar* y en egipcio *met*, usado pleonásticamente por el georgiano en la serie de once hasta diez y nueve: *az-erz-meti* «once» por ejemplo, significaba lo mismo con sólo *az-erz*. Úsalo, también, de un modo expletivo en los múltiplos de veinte. Tal vez está contenido en el basko *a-mar* «diez». El baskuenze no vuelve á acordarse de éste para formar á *ogei* «veinte» y sus múltiplos.

Restan, finalmente, dos números por explicar en baskuenze; el «ocho» y el «nueve»: *zor-tzi*, *beder-atzi*. La raíz ibérica *azi*, que significa «diez», se ve en ellos palpablemente. *Zor* y *beder*, en que se traslucen los georgianos *ori* y *erz*, representan los numerales «dos» y «uno», por el estilo del latín *duo-deviginti*, *un-deviginti*. Si esto hubiese advertido Ribary, no se habría visto tan apurado para explicar los vocablos euskáricos *zortzi* y *bederatzi*.¹ Los georgianos *rva*

(1) El sabio profesor húngaro decía: en *bederatzi* podemos notar la

«ocho»; *tsjra* «nueve», obedecen á la influencia semítica. En *tsjra* se divisa el arameo *thisha*; y *rva* es probablemente un dual articulado de *arba'a* («cuatro»).

Van Eys en su *Diccionario* declaró enigmas los euskaros *etzi* «pasado mañana», *etzi-damu* «tres días después», *etzi-dazu* «cinco días después». ¹ El euskaro *damu* es el georgiano *sami* «tres»; y el georgiano *juzi* «cinco», es el euskaro *dazu*.

La conjugación baskongada es sencillísima. Su flexión, que solo abarca dos tiempos, presente é imperfecto, ² deja, por lo común, intacta la raíz, y se distingue en dos series, por medio de la diversa colocación del pronombre sujeto.

Serie primera. Sujeto pospositivo. Ejemplo; tema, *ibilli* «andar»; raíz *bil*. ³

presencia de «uno», *bat*, convertido en *bed*; si la sílaba *zi* fuese el residuo de algún antiguo vocablo que significase «diez», esto podría significar que en baskuenze «nueve» equivalía á «diez menos uno», como sucede en el magyar *kilencz*, en el finés *ykdecsan*, en el mordwino *vajkse*, en el votiano *okmûs*, etc. La conformidad sería aún más sorprendente con el magyar, á causa de su *ez*. Más difícil de explicar es «ocho» *zortzi*; aun cuando *zi* significase «diez», no es posible explicar *zor* por *bi*, y sin embargo, así lo exige la lógica del lenguaje. (*Essai sur la langue basque*; pág. 22).

(1) *Etzi-damu* «después de pasado mañana», *etzi-dazu* «tres días después de pasado mañana». Así traducen los *diccionarios* baskos estas singulares palabras.

(2) Los dialectos labortano y suletino poseen, además, un futuro que cuando expresa la idea de *haber* ó *ser* puramente se conjuga sin perífrasis, y con ella en los restantes casos: *duke* «él lo habrá», *date* «él será»; *ikusten duke* «él lo verá», *erorten date* «él se caerá». Aun significando «ser» y «haber», las flexiones que no son las propias del futuro exigen en dichos dialectos la construcción con adjetivos verbales para expresar la futurición. Gracias á este doble juego, «ser» y «haber» en suletino y labortano, ya se usen como auxiliares, ya con su significado puro, poseen todos los tiempos de futuro que figuran en la conjugación baskongada.

(3) Determinar la raíz de un vocablo, es empresa difícil en todas las lenguas, y aun más si cabe en la euskara. El mejor medio de aislar el tema, es comparar las palabras compuestas. Dejando á un lado el tema de *ibilli*, diré que el núcleo verbal de sus flexiones, ó sea, el elemento fijo significativo, al cual se aglutinan los exponentes de las restantes relaciones, es *abil* para el presente de indicativo é imperativo y *ebil* para el imperfecto, con nasalización (*enbil*) en algunos dialectos y variedades.

Indicativo

	Presente	Imperfecto
Sing. 1. ^a pers.	<i>nabil</i>	<i>nem-bill-en</i>
2. ^a	<i>a-bil</i>	<i>e-bill-en</i>
3. ^a	<i>da-bil</i>	<i>dhe-bill-en</i> ²
Pl. 1. ^a	<i>ga-bil-tza</i>	<i>gem-bill-tza-n</i>
2. ^a	<i>za-bil-tza</i> ¹	<i>zem-bill-tza-n</i>
3. ^a	<i>da-bil-tza</i>	<i>dhe-bill-tza-n</i>

Desde luego llama la atención en estos tiempos la interposición de la raíz entre el pronombre y el signo de plural. Lo mismo hace el georgiano. Ejemplo: raíz *val* «andar».

(ando).....	<i>v-val</i>
(andas).....	<i>j-val</i>
(anda).....	<i>h-val</i>
(andamos)....	<i>v-val-z</i>
(andais).....	<i>j-val-z</i>
(andan).....	<i>h-val-ien</i>

El uso de aquel signo demuestra que en su origen la base pronominal de singular y plural fué idéntica. En baskuenze el pronombre de tercera persona fué *da*,³ compárese el sánscrito *tad*, base de terce-

(1) «Vosotros andais», se dice en el dialecto gipuzkoano al cual pertenece el ejemplo del texto: *zabiltzate*, como «vosotros andabais» se dice: *zenbiltzaten*. El *zabiltza* y el *zenbiltzan* del texto, significan hoy «tú andas», «tú andabas», en el tratamiento respetuoso, que es el de estas flexiones. Las flexiones *abil* y *ebillen* que ocupan el puesto de las que acabo de citar, pertenecen al tratamiento familiar. Esta costumbre de introducir la segunda persona singular familiar en los paradigmas de la conjugación respetuosa, es debida á la influencia de Mr. Van Eys, el cual, mirando al origen de las cosas, parece que aún no se ha convencido de que *zabiltza*, *zenbiltzan* y todas las flexiones cortadas por el mismo patrón, son hoy del número singular y se emplean cuando se dirige la palabra respetuosamente á una sola persona.

(2) El signo *dh* del P. Fita substituye á la *z* de la transcripción común. Ignoro el motivo de esta modificación.

(3) Esta opinión, sustentada también por Mr. Van Eys, se funda sobre la *d* prefijada que figura en las flexiones transitivas del primer tipo y en las terceras personas del indicativo intransitivo y tiempos derivados suyos. Van Eys, partiendo del principio que el baskuenze no distingue los casos, identifica la *d*, representante del pronombre-régimen (acusativo) en *d-akar-t* «yo lo traigo», á la *d* sujeto de tercera persona (nominativo)

ra persona. El de segunda conserva en algunos dialectos el recuerdo de su aspiración en el singular. El de primera no pudo pasar de *na* á *ga*, sin que *na* fuese primitivamente *ma*, mudable en *ba*, *va*, *ga*.¹ Por esto en georgiano el pronombre absoluto de primera persona es *me*.

Esto nos hace comprender la razón de la estructura é irregularidades del presente de indicativo del verbo «ser» en ambos idiomas. Raíces *ar* é *ix*.

en *d-oa* «él va». Esta *d* nos ha hecho vacilar mucho á cuantos hemos analizado las flexiones de la conjugación euskara, y no creo que hayamos encontrado una explicación absolutamente satisfactoria. Aunque *d* fuera residuo de un pronombre de tercera persona, no por eso habría de suponerse necesariamente, que era de origen sanskrítica. Lo que no puede ponerse en tela de juicio es que *t* ó *d* es un elemento pronominal de primera persona, el cual desempeña, como lo hemos visto repetidas veces, ora funciones de sujeto: *d-akus-t* «yo lo veo», ora de régimen indirecto: *d-i-t* «él me lo ha». No deja de causar alguna sorpresa, que en esta brevísima flexión, donde los elementos constitutivos de ella se presentan solos y bajo la forma más escueta posible, los exponentes del pronombre-régimen y del pronombre-sujeto sean idénticos: *t*, *d*.

Verdaderamente, se hace difícil de creer que la lengua euskara, tan rica en elementos lógicos gramaticales, expresase por un índice común pronombres de primera y tercera persona. Y esa dificultad aumenta, teniendo en cuenta que la ambigüedad resultante pudiera ser reincidencia en la penuria. Con efecto, al analizar en mi *Gramática* las flexiones del imperfecto, hube de admitir que el sujeto de tercera persona estaba representado por un índice *z* en el singular, el cual, mediante los pluralizadores, era en plural *z-te*, *z-zte*, *ze-ye*, *ze-e*, afin á los índices de segunda persona singular *zu*, *zü*, *tzu*, *tzü*, *ze*, *tze*, *zi*, *tzi*, y plural *ze-te*, *zi-te*, *zi-zte*, *tzu-e*, *zu-e*, *zü-ye*, *zü-e*, *tzü-e*, *ze-ye*, *ze-e*, *tz-e*, *zi-ye*, *tzi-ye*, *tzi-de*, *tzi-e*. Ninguno de estos índices pertenece al dialecto bizkaino, cuyas terceras personas del imperfecto y tiempos derivados carecen de la representación del agente. Así, por ejemplo, mientras el gipuzkoano dice *z-ue-n* «él lo había», *z-ekus-an* «él lo veía», el bizkaino se reduce á *eb-an* «él lo había», *ekus-an* «él lo veía». Sin embargo, algunas variedades bizkainas imitan, á veces, á los demás dialectos literarios.

El príncipe Bonaparte califica de redundante á la *z* inicial de las terce-

(1) La permutación de *m* en *n* es de las que yo llamé anormales; quiere esto decir que no es de las más comunes. La oscilación de la *g* y de la *n* es esporádica, es decir, rarísima, lo mismo que la permutación de *m* en *b*. Solo recuerdo ahora el ejemplo de *labina* (labortano), *lamiña* (gipuzkoano), del latino *lamia*. Si no interpreto mal al P. Fita, la serie de transformaciones del pronombre de primera persona fué: *ma*, *na*, *ga*. La simple posibilidad de un cambio fonético no significa que, de hecho, haya ocurrido en un caso concreto. Ningún indicio nos autoriza suponer que *ni* «yo», fué *ma* anteriormente.

	Baskuenze	Georgiano
(soy)	<i>na-iz</i>	<i>v-ar</i>
(eres)	<i>a-iz</i>	<i>j-ar</i>
(es)	<i>d(a)-a(r)</i>	<i>ar-s</i>
(somos)	<i>ge-ra-(de)</i>	<i>v-ar-z</i>
(sois)	<i>ze-ra-te</i>	<i>j-ar-z</i>
(son)	<i>di-ra-de</i>	<i>ar-ian</i>

La *s* en *ars*, que debería ser *har*, se ha introducido prostéticamente en reemplazo de la *h* suprimida. Lo propio aparece en el imperfecto georgiano (raíz *iqofo*): «él era», *iqofo-di-s*.

ras personas, advirtiéndole que llama redundantes á las letras que nada expresan y pueden ser suprimidas sin que resulte cacofonía. «La letra *z* —dice— que se añade á la tercera persona de los tiempos pasados del intransitivo, de igual modo que á los del transitivo de régimen directo de tercera persona, ha de reputarse por redundante pura, porque en vano se buscaría su razón de ser, eufónica ó gramatical».*

Esta falta de razón, precisamente, me movió á rechazar la opinión del príncipe Bonaparte. Porque me parecía sumamente extraño que, sin más ni más, poseyendo el baskuenze flexiones con *z* para la segunda persona y sin ella para la tercera, al modo bizkaino, se entretuviera en prefijar una *z*, cuyo único resultado era revestir de forma muy semejante á todas ellas: *zenduen* «tú lo habías», *zuen*, «él lo había», *zenduten* «vosotros lo habíais», *zuten* «ellos lo habían», *zeuden* «tú estabas», *zegoen* «él estaba», *zeundeten* «vosotros estabais», *zeuden* «ellos estaban», etc., etc. Así es que aplicando á este igual criterio que á los otros resultados de mi análisis, supuse que dicha *z* pertenecía á un pronombre de tercera persona desaparecido, cuyos vestigios, como el de otros, conservaba la conjugación.

Hoy me he convencido de que el principio de *imitación*, *simetría* ó *analogía* produce muchas alteraciones en las lenguas, y ese principio me suministró la razón omitida por el Príncipe. La variedad bizkaina de Salinas retiene la siguiente flexión de tercera persona: *uen*. La de segunda *zeben* «tú lo habías», existente en la misma variedad, despojada del índice del sujeto, ha producido la flexión salinesa de tercera *eben* «él lo había», sinónima de *uen*. *Zeбен* nos conduce llanamente á una forma hipotética *zeuen*, cuya cacofonía resolvió la variedad salinesa por la consonificación de *u* (*zeben*) y los otros dialectos introduciendo una *n*, que el bizkaino y gipuzkoano reforzaron con *d*: *zenduban*, *zenduen* «tú lo habías». La flexión labortana *zinuen* es la más próxima á la hipotética *zeuen*. Las flexiones de segunda persona, provistas de sus letras eufónicas, adquirieron fisonomía muy marcada, y entonces, acaso, no siendo ya posible la confusión, se prefijó, excepto en el dialecto bizkaino, por simetría con la flexión de segunda persona, la *z* llamada redundante, á las flexiones de tercera, y nacieron las formas *zuen* (gipuzkoano, labortano), *zian* (suletino). Como sinónima de estas usa el gipuzkoano vulgar la flexión *zuen*,

(*) *Le Verbe basque*, pág. XXIII.

El pronombre del imperfecto euskaro adquiere un estado enfático. La vocal breve se alarga, ó parece recibir un estado parecido al del *vriddhi* sánscrito, y por consecuencia se aumenta con una ó más consonantes en la primera y segunda persona. Ejemplo: raíz *u* «haber»: *nind-u-en*, *ind-u-en*, *dh-u-en*, *gend-u-(t)-en*, *zend-u-t-en*, *dh-u-t-en* «yo había, tú, etc.»

Las bases del pronombre absoluto georgiano explican esta diferencia:

	Sing.	Plur.
1. ^a pers.	<i>me</i>	<i>guen</i>
2. ^a	<i>shen</i>	<i>zcuen</i>
3. ^a	<i>zi</i>	<i>zi</i>

ARTURO CAMPIÓN.

(Se continuará)



que es mi hipotética primitiva de segunda persona. Este nuevo oficio de la flexión se explica perfectamente por la falta de letras eufónicas y por su íntimo parecido con la usual *zuen*.

El príncipe Bonaparte, por el contrario, supone que cuando las flexiones de tercera persona se ajustaban al patrón de las salinesas y bizkainas *uen*, *eben*, *eban*, las actuales de tercera *zuen*, *zian*, casi sin alteración, servían para la segunda.

La circunstancia de que las terceras personas de singular del presente carecen de índice de agente, inclina á pensar que lo propio se verifica en las del pasado: desde este punto de vista la armonía entre *dauka* «lo tiene», *zeukan* «lo tenía», *daki* «lo sabe», *zekien* «lo sabía», *du* «lo ha», *zuen* «lo había», etc., etc., sería perfecta.

Pero faltaría en los verbos intransitivos, si fuese verdad que la *d* del presente, idéntica á la *d* prefijada de los presentes transitivos, es el índice del agente: porque entonces tendríamos *d-a* «él es» y *zan* «era», *d-ago* «él está» y *zegoen* «estaba» *d-abill* «él anda» y *zebillen* «andaba», etc., etc.

El hecho es que la *z* redundante del imperfecto transitivo, donde por causas particulares pudiera explicarse su presencia, figura en todos los imperfectos transitivos é intransitivos de los verbales conjugables, y en el imperfecto del verbo «ser». Es una ley general su presencia, con la excepción importante del bizkaino. ¿Es compatible el concepto de letra redundante con tan notable uniformidad?

ITSU ARGI BAT

IPUINA

¿Olloa ill dozu ta
zer egin dozu Juan?
ain charra zineanik
sinisten eneban.
—¿Ez al dakizu Chomin,
bizitza guztian
zelan nekez nabillan
bakarrik eskean,
eta chakurrak bere
askoren antzean
zelan ez daben gura
pobrerik atean?
alan zuenak bere
aginka deust ekiñ,
eta makilleagaz
nairik uš eragiñ,

chakurra jo nai eta
jo badot ollua,
errurik bat ez eukan
egazti gaišua,
¿ichuak egitea
au al da mirari,
argiak okerrago
oi badabe sarri?
¿Argiak okerrago
zelan egiñ oi dau?
—Onai charren errua
eraginda pagau.
*¿Zeñek esango dau Juan
extala argia,
begi бага ikusten
ak badau egia?*

FELIPE ARRESE TA BEITIA.